



Marco
Aurelio
Denegri

Poliantea



— Universidad —
Inca Garcilaso de la Vega

Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas
FONDO EDITORIAL

Poliantea

Serie: Obras escogidas / Humanidades

Marco Aurelio Denegri

Poliantea



Universidad
Inca Garcilaso de la Vega

Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas

FONDO EDITORIAL

FICHA TÉCNICA

Título:	Poliantea
Autor:	Marco Aurelio Denegri
Serie:	Obras escogidas / Humanidades
Código:	HUM - 001-2014
Editorial:	Fondo Editorial de la UIGV
Formato:	140 mm X 220 mm 248 pp.
Impresión:	Offset y encuadernación en rústica
Soporte:	Cubierta: folcote calibre 12 Sobrecubierta: couché de 150 g Interiores: bond marfileño de 85 g
Publicado:	Lima, Perú, 2014
Tiraje:	1000 ejemplares

Universidad Inca Garcilaso de la Vega
Rector: Luis Cervantes Liñán
Vicerrector: Jorge Lazo Manrique
Jefe del Fondo Editorial: Fernando Hurtado Ganoza

© Universidad Inca Garcilaso de la Vega
Av. Arequipa 1841 - Lince
Teléf.: 471-1919
Página Web: www.uigv.edu.pe

Fondo Editorial
© Editor: Fernando Hurtado Ganoza
Correo electrónico: fhurtadog@uigv.edu.pe
Jr. Luis N. Sáenz 557 - Jesús María
Teléf.: 461-2745 Anexo: 3712
Correo electrónico: fondouigv@gmail.com

Carátula: Luis Renteros Luján
Cuidado de la edición: Nerit Olaya Guerrero, Nérida Curazzi Gutiérrez

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin autorización escrita de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-10565



Marco Aurelio Denegri

Índice

	Presentación	13
	Poliantea	15
I.	Ideas y creencias	17
II.	La máscara o la vida como representación	23
III.	¿Qué es el hombre?	27
IV.	El yogamiento con la tierra	37
V.	Un cisne degollado	41
VI.	¿Queremos realmente cambiar?	45
VII.	Los mordientes y nosotros	49
VIII.	¿Se puede amar a más de una persona al mismo tiempo?	51
IX.	La tristeza	57
X.	El humorismo	63
XI.	Los dos mandamientos caritativos	67
XII.	«Comprender lo comprensible y...»	71
XIII.	El ánimo de no defraudar nunca y la perexigencia de que las cosas se hagan como es debido	73

XIV.	El afilador ambulante	75
XV.	El erotismo y los cuerpos desalmados	77
XVI.	Capacidad erectiva y filogenia	79
XVII.	Proverbios	83
XVIII.	¡Oh, las bufeas!	87
XIX.	La cacosmia	91
XX.	El pavero	93
XXI.	Las virtudes del semen	
	¿son reales o presuntas?	95
XXII.	El cris y el puñal «Misericordia»	99
XXIII.	El empujón pélvico en el coito	103
XXIV.	«No hay nada más barato que lo que se compra»	105
XXV.	Tres excepciones concernientes a la teoría del goce decreciente	113
XXVI.	Una equivocación de Raúl Porras	117
XXVII.	Marcuse y la transformación de la libido	121
XXVIII.	El imparpadeo	129
XXIX.	Nuestro repertorio de estupideces	135
XXX.	Dios y la estupidez	137
XXXI.	Bibliografía sobre la estupidez	143
XXXII.	Pérdida del peso específico y creciente empeoramiento	145

XXXIII.	¿Puede fraccionarse la eternidad?	147
XXXIV.	Etnocentrismo	155
XXXV.	La covada	159
XXXVI.	La subincisión peneana	173
XXXVII.	Eyacuación femenina	185
XXXVIII.	Encanados y encanadas	189
XXXIX.	El indio y la señorita de la altura	193
XL.	Cuestión de olfato	231

Presentación

El caso de Marco Aurelio Denegri es singular en el Perú. Y lo es porque entre nosotros no abundan los polígrafos, esto es, las personas que escriben con pulcritud y solvencia sobre temas diversos. Para ello hay que tener una cultura humanística y dedicarse a la investigación y al estudio sin tasa ni medida, o como solía decir el polígrafo mexicano Alfonso Reyes, **sin duelo**.

Pero la cultura no concierne únicamente al caudal del saber y al acopio de conocimientos. Marco Aurelio Denegri, en un ensayo interesantísimo acerca de la cultura y la contracultura, dice que cuando no tenemos cultura son posibles una serie de cosas que, con la paulatina adquisición de cultura, van siendo cada vez menos posibles, hasta que llegan a ser imposibles.

“Las vulgaridades, chabacanerías, petulancias y torpezas –dice Marco Aurelio Denegri– son posibles cuando no hay cultura. Pero cuando verdaderamente la hay, son imposibles. Por eso digo –agrega Denegri–, repitiendo a Julián Marías, que la cultura es la posibilitadora de imposibilidades.”

El Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega se complace una vez más en publicar un nuevo libro de Marco Aurelio Denegri. Publicar hoy buenos libros no es solamente una complacencia, es un deber, y este Fondo Editorial es el primero en cumplirlo.

Fernando Hurtado Ganoza
Jefe del Fondo Editorial



Poliantea

Voz de origen griego que significa, etimológicamente, '*de muchas flores*', y que en sentido figurado quiere decir colección de noticias varias y comentarios diversos concernientes a distintas materias.

I

Ideas y creencias

En su libro *Apología del Sofista*, el filósofo español Fernando Savater dice lo siguiente en las páginas 12 y 13:

“[...] la sabiduría, en lo que tiene de lucidez y crítica, va siempre contra la vida, vivimos a pesar de lo que sabemos, no gracias a ello. No concibo que el pensamiento facilite la vida; la arriesga, la compromete, la zapa en la mayoría de los casos; por eso quizá sea la forma más alta de la vida humana que conocemos, porque es la más antivital, la que nos pone al borde de perderlo todo sin ofrecernos nada a cambio, salvo horror, soledad y locura.

“Pero quien se ha inclinado sobre el abismo, quien ha visto, padecerá por siempre la tentación de volver otra vez a ese punto negro en el que las tinieblas alumbran...” ()*

El pensamiento no ayuda a vivir, no facilita la existencia. Es cierto. Bergson decía que la inteligencia tiene un poder corrosivo y socavante. A ello se debe que el Orden

(*) A propósito de esto último, *tinieblas que alumbran*, se trata de un *oxímoron*, o sea de la unión o reunión de voces antitéticas o vocablos de significado contrario. Los franceses llaman a esto *alliance des mots*, combinación ingeniosa de palabras; verbigracia, *música callada*; o el ejemplo savateriano de las *tinieblas que alumbran*, *tinieblas alumbradoras* o *iluminadoras*; y otro oxímoron citable concierne al fuego del infierno, que es *fuego entenebrecedor*, ya que el fuego infernal tiene la particularidad archimisteriosa de oscurecer y llenar de tinieblas; el fuego terrenal, en cambio, produce, por la combustión, además de calor, luz.

Establecido haya desconfiado siempre del talento y la inteligencia y por supuesto de las ideas. (*)

Las ideas incomodan, pero no las creencias. Por eso la gente, me refiero a la mayoría, a lo que Horacio llamaba el “*servum pecus*”, la manada, el rebaño servil; por eso la gente no quiere ideas, quiere creencias.

El intelectual, el pensador, el que ejerce el oficio del pensamiento, no vive propiamente la vida, sino que la contempla. Toda sensación se le torna principio de análisis. Si le falta objeto, si le falta cadáver, entonces, como dice Gautier, se tiende sobre la mesa y se hunde el escalpelo en su propio corazón. Así le ocurría a Baudelaire, según Théophile Gautier. Dicho sea de paso, *Las Flores del Mal* están dedicadas a Gautier y en los términos más encomiásticos. Baudelaire llama a Gautier “*venerado maestro*” y lo considera “*poeta impecable*”.

Decía que la gente quiere creer, pero no quiere pensar. Quiere creencias, no ideas ni pensamientos. “**Pensar es perseguir la inseguridad** –manifiesta Cioran–, atormentarse por futilidades grandiosas, recluirse en abstracciones con una avidez de mártir, buscar la complicación como otros buscan la destrucción o el beneficio. El pensador, por definición, **codicia el tormento.**” (Émile Michel Cioran, *Desgarradura*, 171.)

(*) “Y la razón no es ciertamente una facultad consoladora.” Así se expresa don Miguel de Unamuno en el quinto capítulo de su obra titulada *Del Sentimiento Trágico de la Vida*. Y agrega más adelante:

“El triunfo supremo de la razón, facultad analítica, esto es, destructiva y disolvente, es poner en duda su propia validez. Cuando hay una úlcera en el estómago, acaba éste por digerirse a sí mismo. Y la razón acaba por destruir la validez inmediata y absoluta del concepto de verdad y del concepto de necesidad. Ambos conceptos son relativos; ni hay verdad ni hay necesidad absolutas. [...]”

“El absoluto relativismo, que no es ni más ni menos que el escepticismo, en el sentido más moderno de esta denominación, es el triunfo supremo de la razón racionante.”

La acepción de escepticismo a la que alude Unamuno es: “Desconfianza o duda de la verdad o eficacia de alguna cosa.”

¿Qué es la creencia?

Es el firme asentimiento y conformidad con alguna cosa.

Creencia es también el completo crédito que se presta a un hecho o noticia como seguro o cierto.

¿Qué es la idea?

Es un acto del entendimiento, el primero y el más obvio, y que se limita al simple conocimiento de una cosa.

Idea es también la imagen o representación que tenemos del objeto percibido.

Idea es, por último, el concepto, el juicio o la opinión que uno se forma acerca de una persona o de una cosa.

Señala Marías con razón que las ideas y las creencias se confunden fácilmente, porque cuando una creencia se formula, parece una idea.

Pero, en realidad, las verdaderas creencias no se formulan; de ellas no tenemos ni idea. (Cf. Julián Marías, *La Mujer en el Siglo XX*, c. 7: “Ideas y creencias en el mundo femenino.”)

José Ortega y Gasset decía que tenemos ideas, pero que las creencias nos tienen o nos sostienen. (Véase el ensayo, muy interesante y conocido, de Ortega sobre este asunto en el quinto tomo de sus *Obras Completas*.)

Nuestra vida está fundada sobre creencias; las creencias son el subsuelo de nuestra vida; las creencias cimientan nuestra existencia; contamos con ellas, estamos en ellas, nos sostienen. Cuando fallan, cuando entran en conflicto, cuando nos faltan, porque no estamos en ninguna respecto a alguna realidad, entonces nos percatamos de ellas, reparamos en ellas, las formulamos y empiezan a funcionar como ideas. Es decir, nos ponemos a pensar para tener alguna idea que supla la creencia y nos permita de nuevo saber a qué atenernos.

“*Lo que más pone en peligro a una creencia –dice Marías– es defenderla, porque para ello hay que formularla,*

convertirla en idea, 'ideificarla', y esto la debilita como creencia. [...]”

Unamuno manifestaba que en el plano intelectual, en el terreno ideativo, él siempre contendía y lo apasionaba la confrontación; y por eso decía de sí propio que en el fondo no era un intelectual, sino un pasional, y cuando no tenía con quien contender, contendía consigo mismo y discurría a solas, y sus monólogos o soliloquios terminaban siendo diálogos muy vivos y acalorados.

Los que están tranquilamente instalados en una creencia, desconocen la necesidad de contender y el afán de cuestionar. Carecen de ideas y lo único que tienen es una creencia (o más de una) que los tiene o que los sostiene.

Cuando un medio tan importante como la televisión no favorece ni propicia las ideas, privilegia entonces las creencias, los estereotipos y los lugares comunes. Ramploniza la existencia y la encanalla. No se dirige al lado discursivo y reflexivo del ser humano, sino a las sensaciones y sentimientos de éste, cuando no a la pura irracionalidad del hombre. De resultas de lo cual lo envilece y degrada.

En la televisión comercial, que es sin duda la de mayor teleaudiencia, no hay prácticamente ideas, lo que hay es una innegable jibarización que ya tiene todos los visos de una descerebración. La teleaudiencia tiene aún algo de cerebro, pero dentro de poco ya no lo tendrá.

Dicen que el ser humano es un ser pensante. Pues bien: el hecho de que no piense, de que no tenga ideas, lo deshumaniza, lo indignifica, lo disminuye y rebaja, lo animaliza.

Por eso una televisión sin ideas es una televisión embrutecedora y bestializante.

El oficio del pensamiento tiene escasísimos oficiantes. Ramiro de Maeztu decía que la inmensa mayoría de los hombres no piensa casi nunca y que el hombre generalmente piensa sólo cuando le ocurre algún percance.

Preguntémonos entonces, calderonianamente, si en realidad esa gente vive. Pues no, no vive: “*Pues quien vive sin pensar / no puede decir que vive.*” (Calderón de la Barca, *La Cena de Baltasar*.)

En la actual videocracia que sufrimos los pensantes, los no-pensantes vegetan y el Orden Establecido favorece encantadísimo tal vegetación.

“*No hay nada más movilizador que el pensamiento –dice Forrester–. Lejos de representar una triste abdicación, es la quintaesencia misma de la acción. No existe actividad más subversiva ni temida. Ni más difamada, lo cual no es casual ni carece de importancia: el pensamiento es político. El solo hecho de pensar es político. De ahí la lucha insidiosa y por eso mismo más eficaz y más intensa en nuestra época contra el pensamiento. Contra la capacidad de pensar. Pero ella representa y representará cada vez más nuestro único recurso.*” (Viviane Forrester, *El Horror Económico*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 76.)

II

La máscara

o la vida como representación

La máscara es una figura que representa un rostro humano, o no-humano, o un rostro completamente imaginario, con que una persona puede cubrirse la cara para no ser reconocida, o para asumir el aspecto de otra, o practicar ciertas actividades escénicas o rituales.

Como la máscara es para el cubrimiento facial, le son afines las ideas de *disfraz*, *tapujo*, *embozo*, *ocultación* y *encubrimiento*.

Enmascarar es cubrir el rostro con máscara, y, figuradamente, encubrir, disfrazar.

Desenmascarar es quitar la máscara, y, figuradamente, revelar la verdad de algo, o dar a conocer tal como es moralmente alguien, descubriendo los propósitos, intenciones y sentimientos que procura ocultar. En tal sentido, *máscara* se toma en mala parte y equivale a *falsedad* o *falsificación* y es así mismo sinónimo de *mentira*, *engaño*, *impostura* y *farsa*. (*)

El asunto es importante y serio porque nuestro término *persona* lo tomamos, tal cual, del latín *persona*, y en latín

(*) Hoy la solencia es desenmascarar personas. Sin embargo, las cosas son también desenmascarables. La Biblia, por ejemplo, es desenmascarable. Joseph Lewis publicó en inglés, hace muchos años, un libro titulado *The Bible Unmasked* (*La Biblia Desenmascarada*). Fue en su tiempo *best seller*. Tengo en mi biblioteca un ejemplar de la vigésima novena edición, publicada en 1963, de la obra de que se trata.

máscara se dice *persona* (*); de ahí que etimológicamente la persona sea una *máscara* y la personalidad un *enmascaramiento* y la vida una *mascarada*, lo cual puede entenderse, *lato sensu*, como representación teatral o como teatralización (por eso se concibe al mundo como un gran teatro y se habla del Gran Teatro del Mundo); y *stricto sensu* la vida se concibe como *farsa* y los actores como *farsantes*, lo cual encantaba a Pío Baroja, que solía decir que en este mundo sólo había farsas y farsantes. Y la farsantería era tan mortificante para Mark Twain, tan intolerable, que un buen día manifestó resueltamente lo siguiente: «*Vivimos en una época en que a uno le gustaría ahorcar a toda la humanidad y poner término a la farsa.*» (Cf. Manuel Pumarega, *Frases Célebres de Hombres Célebres*, 9.)

Personalidad es el conjunto de cualidades constitutivas del sujeto inteligente llamado *persona*. Nuestra personalidad es lo que nos distingue de otras personas. Lo interesante y curioso es que lo que nos distingue del resto es una máscara. Lo colegible fácilmente de lo antedicho es que *nuestra personalidad nos enmascara*.

Somos, pues, por nuestra personalidad, actores de la comedia humana, o por mejor decir, de la tragicomedia humana, o simples partiquinos de ella, según Santiago Ramón y Cajal.

Suele creerse que si prescindiéramos de la actoría, si nos desteatralizáramos, entonces, al quitarnos la máscara, nos presentaríamos como lo que realmente somos.

En ciertos casos sería encomiable la mostración, pero no en la mayoría de ellos. En algunos, sí, porque comprobaríamos en el mostrante la tenencia de cualidades y valores que la actoría no permitía revelar, pero la prescindencia de la actoría sería fatal en muchísimos casos, por residir todo lo estimable de los prescindentes

(*) El latín *persona* se deriva del etrusco *phersu*, que significa máscara, y *phersu* proviene del griego *prósopon*, vale decir, máscara, personaje dramático, personaje teatral, cara. Cicerón, para denotar el hecho de que los ojos del actor brillan en su máscara y lanzan llamas a través de ella, dice: «*Ex persona ardent oculi histrionis.*»

justamente en su actoría; sin ella se les vería como lo que son: seres humanos de patente ordinariéz. Suponerlos con un penetral o dentrura de gran riqueza y profundidad sería erróneo. La profundidad anímica y espiritual de la mayor parte de las personas es la de un charco. Imaginársela oceánica es muy disparatado.

Función protectora de la máscara

La máscara no sólo sirve para la actoría y la farsantería; también nos protege. Protegió a los primeros actores que la usaron contra la malquerencia, animadversión, enemistad u ojeriza de los espectadores. Se temía mucho que éstos ojearan o aojaran a los actores.

Temíase considerablemente el *mal de ojo*, o *aojo*, o *fascinación*, esto es, el influjo maléfico que una persona puede ejercer sobre otra mirándola fijamente con aviesa intención. (*)

La creencia en el mal de ojo es antiquísima y universal. Hoy la máscara, esto es, nuestra personalidad, nos sigue protegiendo, habida cuenta de que «*el infierno son los otros*», según la conocida expresión sartreana, justa y precisa.

De acuerdo con Jean-Paul Sartre, el infierno es la mirada ajena, la mirada que me descubre y revela y que me penetra; una mirada invasiva que me incomoda, disgusta y ofende; la mirada del entrometimiento, intrusa e inmiscuidiza, y no sólo es infernal, sino infernizante.

La tragicomedia humana, el teatro y el público

Hablando de una manera general, la *neurosis* es un desorden conductual caracterizado fundamentalmente por la inestabilidad emocional y la tendencia a establecer vínculos conflictivos con los demás. De ahí que la relación

(*) La sinonimia de *fascinación* y *aojo* es actualmente poco conocida, pero a principios del siglo XX era lo suficientemente conocida como para que el criminólogo Rafael Salillas haya publicado, en 1905, y sin el temor, naturalmente, de ser malentendido, un libro titulado *La Fascinación en España*.

con un neurótico origine siempre una sobrefacturación y naturalmente los que están dispuestos a pagarla son también neuróticos o poco les falta.

Ahora bien: en esta vida de máscaras y representaciones necesitamos de un teatro y de un público. Neuróticos y no-neuróticos tenemos vocación escénica, o mejor aún, escenificante, sólo que los neuróticos la sienten más vivamente. Un neurótico sin público se frustra, se anula.

Gustavo Gutiérrez, en su ensayo “La concepción religiosa de Vallejo”, refiere la siguiente historia:

Un niño estaba trepando a un árbol y de pronto se cayó. No fue leve el golpe y el caído, muy maltrecho, regresó como pudo a su casa, cojeando. La madre, al verlo así, le dijo:

“– *¿Qué te ha pasado?*

“– *Me caí del árbol.*

“– *¿Te golpeaste mucho?*

“– *Sí.*

“– *¿Lloraste?*

“– *No.*

“– *¿Y por qué no lloraste?*

“– *Porque no había nadie.*”

Claro, sin público no valía la pena llorar. Para que el llanto sea espectáculo es necesario que haya circunstancias.

Mientras que el neurótico tenga un local –su casa–, y un público –su familia–, es muy difícil y acaso imposible que se desneurotice.

Lo último que admite un neurótico es quedarse sin público y sin local. Dará mil y una razones o sinrazones para no mudarse, no querrá irse y de hecho no se irá. Le es imposible renunciar a la golosina del *show*.

III

¿Qué es el hombre?

El *Diccionario de la Lengua Castellana*, llamado *de Autoridades*, decía en su cuarto tomo, publicado en 1734, lo siguiente al definir al **hombre**:

*“Animal racional cuya estructura es recta, con dos pies y dos brazos, mirando siempre al Cielo. Es sociable, pródigo [en la acepción de **muy dadivoso**], sagaz, memorioso, lleno de razón y de consejo. Es obra que Dios hizo con sus manos a su imagen y semejanza.”* (Cf. Capdevila, *Consultorio*, 212.)

Más adelante, la Academia definió al hombre valiéndose únicamente de las dos primeras palabras de la definición recién citada. En efecto, en lo sucesivo la Academia se limitó a decir en su Diccionario que el *hombre* era un “*animal racional*”. Después, por la insistencia, sobre todo, del escritor, poeta y lexicógrafo argentino Arturo Capdevila, la Academia modificó su definición de *hombre* y compuso una nueva en que lo caracterizó como sigue:

“Ser animado racional, varón o mujer.”

Aquí *animado* no significa, como pudiera creerse, *alegre* o *divertido*, sino *dotado de alma*.

Ésta es una definición muy general y deslucida. Las antiguas eran más graciosas, aunque por cierto no muy científicas, que digamos. En un lexicón de nuestra lengua, de principios del siglo XX, compuesto por una Sociedad

de Escritores, bajo la dirección de don Carlos Ochoa, la definición de *hombre* reza así:

*“Animal inteligente a quien el Hacedor Supremo elevó sobre todas las demás criaturas, comunicándole ese destello divino llamado **alma**, que es el origen de todo su poder, de toda su irresistible fuerza, así como lo es de un sinfín de tormentos, de pasiones, de necesidades que desconocen los seres irracionales.”*

La definición de hombre que ofrece *El Pequeño Larousse Ilustrado* es mucho mejor que la definición académica. Dice:

“Ser dotado de inteligencia y de un lenguaje articulado, clasificado entre los mamíferos del orden de los primates, y caracterizado por tener cerebro voluminoso, postura erguida y manos prensiles [o sea con las que se puede asir o agarrar o tomar o coger].”

En la definición que ofrece del hombre el *Webster’s New World College Dictionary*, se dice, *inter alia*, que somos homínidos, o sea individuos pertenecientes al orden de los Primates superiores; y es cierto; pero luego agrega el prestigioso lexicón que una de nuestras características es la tenencia de pulgares oponibles; y así es, en efecto, sólo que mucho más importante que esa tenencia es la bipedestación humana, de la cual no dice ni una sola palabra el *Webster’s New World College Dictionary*. Llamativa omisión. Subsánémosla inmediatamente.

La bipedestación humana

“La postura erecta del hombre –dice Raymond Dart– es por sí misma la expresión concreta de su señalado éxito en el pillaje. Sobresalió y se consolidó por la técnica defensiva y ofensiva de arrojar piedras y blandir una maza; técnica necesaria para atacar y matar a la presa y que sólo podía utilizar en la posición vertical. Darwin comprendió que la necesidad de usar armas no podía manifestarse sin producir cambios corporales correlativos. Darwin, refiriéndose a los primeros antepasados machos del hombre, dijo que ‘a medida que adquirirían gradualmente

la costumbre de usar piedras, mazas u otras armas para luchar con sus enemigos o rivales, usarían cada vez menos las mandíbulas’.

“Trotter había expresado ideas análogas, aunque de otra manera, cuando dijo en 1929 lo siguiente: ‘La posición vertical cambia todos los mecanismos de ataque y defensa frontales del animal, y en consecuencia, al no ser ya utilizable como base de estructuras ofensivas y defensivas, el cráneo está por fin y definitivamente libre de ellas. Resultado inevitable de lo cual fue la limitación de los movimientos de las mandíbulas. Con un cráneo apoyado y en equilibrio, y no colgante, la boca ya no puede abrirse libremente lo bastante para usar agresivamente los colmillos.’

“La posición erecta de los protohombres es, pues, inconcebible sin el uso concomitante y persistente de utensilios. Los australopitécidos no tenían colmillos, y por lo tanto habrían sido incapaces de cazar, a no ser que emplearan instrumentos. Bartholomew y Birdsell lo expusieron como sigue: ‘Aun la locomoción bípeda vertical exclusiva del hombre, si se la compara con la de los mamíferos cuadrúpedos, es relativamente ineficaz, y esto implica que alguna ventaja importante no locomotriz debió de resultar de la liberación siquiera parcial de los miembros anteriores. Esa ventaja fue el uso de las manos para la manipulación eficaz de instrumentos accidentales, tales como piedras, palos o huesos. Desde luego, los actuales primates terrestres o semiterrestres tienen las manos libres cuando no están en movimiento, pero únicamente el hombre posee una locomoción que no sufre impedimentos esenciales mientras lleva o usa un instrumento. Se ha caracterizado al hombre como el animal que usa instrumentos. Sería más exacto afirmar que el hombre es el único mamífero que depende constantemente de los instrumentos para sobrevivir. Esta dependencia del hábil uso de instrumentos indica un movimiento hacia una dimensión de la conducta anteriormente inexplorada, y ese movimiento acompañó el advenimiento de la bipedestación. Por la adopción

de la postura erecta llegó a ser necesario el uso regular de instrumentos. La capacidad de usar ocasionalmente utensilios debió de preceder al uso de instrumentos.’

“[...]

“La postura vertical originó divergencias generales anatómicas y fisiológicas. Las vísceras hubieron de suspenderse del diafragma y de la columna vertebral, apoyándose no sólo en la pared ventral, sino también en la pelvis. El pecho tuvo que ensancharse y se modificó el mecanismo de la respiración para responder a las exigentes demandas de un uso mucho más intenso y activo del cuerpo bajo el dominio consciente del cerebro. La columna vertebral, en lugar de ser como en los cuadrúpedos, un simple arco entre los miembros anteriores y posteriores, adquirió curvaturas nuevas en la región lumbar y en el cuello. La musculatura del tronco se modificó para satisfacer las necesidades de miembros superiores cortos pero muy movibles, y las necesidades de la cabeza apoyada sobre la columna vertebral flexible y de un pecho incesantemente pulsátil sobre la pared sensible y poderosa del vientre que gira sobre la pelvis sostenida por miembros inferiores robustos y sólidos. Todos los huesos y músculos, articulaciones y vísceras del tronco fueron afectados por este cambio en la orientación del cuerpo, y lo mismo los huesos, músculos y articulaciones de los miembros. Estos cambios fueron condiciones previas para el lenguaje hablado.

“Los seres humanos están orgullosos de su postura erecta; los diferencia de los otros animales; ha hecho la proeza de levantarlos físicamente por encima del suelo, sobre las plantas y los dedos de los pies, y es así simbólica de su superioridad en movimientos giratorios. [...]

“La movilidad y flexibilidad de los dedos del pie se adquirieron a elevado precio, y éste es el de la inestabilidad. Un cuerpo sostenido en dos pies resulta por naturaleza menos estable que uno sostenido sobre cuatro; pero el aumento de estatura y de fuerza ofrece un horizonte más dilatado y una mayor potencialidad en cuanto a destreza

manual, siempre que pueda mantenerse equilibrada la columna erecta.

“El chimpancé joven no puede andar erguido más que tres o cuatro pasos seguidos, y aun así debe usar los brazos constantemente como balancines para conservar el equilibrio provisional del cuerpo. Se pone en pie fugazmente, sólo para ver lo que le rodea, en un lugar nuevo o quizá peligroso, desde una elevación mayor; pero abandona rápidamente esta postura por la estabilidad y velocidad mayores que le proporciona el andar y correr sobre cuatro patas.

“A la edad de tres años, el niño humano anda y corre espontáneamente y en libertad hora y media o dos horas en posición bípeda, sin fatigarse. Esta capacidad de equilibrio, instintivamente adquirida, le permite transportar, arrastrar o manipular y blandir en postura erecta objetos que un chimpancé de la misma edad prefiere llevar con la boca o arrastrar con un pie. Sólo el niño humano puede equilibrar el cuerpo para saltar o brincar, o hacerlo girar como una clavija sobre un pie, y de esa suerte poner todo el peso y largo del cuerpo, así como la voz y su indomable fuerza de voluntad, en lo que está haciendo con las manos.

“La perfección de este dominio corporal voluntario, que posibilita esa capacidad de equilibrio, depende del ejercicio y de la práctica, y especialmente del control voluntario del aparato respiratorio, sin el cual la voz humana no podría ser modulada ni regulada en el grado que es esencial para el lenguaje.” (Raymond A. Dart y Dennis Craig, Aventuras con el Eslabón Perdido, 302-304, 336-338.)

Definición del hombre

Los biólogos, zoólogos y evolucionistas nos dicen que el hombre es un miembro del reino animal, del *filum* de los cordados, del *subfilum* de los vertebrados, de la clase de los mamíferos, de la subclase de los euterios, del grupo de los placentarios, del orden de los primates, del suborden de los

pitecoides, del infraorden de los catarrinos, de la familia de los hominoides, de la subfamilia de los homínidos, del género *homo* y de la especie *sápiens*.

Sin embargo, y hablando en general, el hombre ha demostrado, y sigue demostrando, que es mucho más *ínsipiens* que *sápiens*; ignora mucho y sabe poco, o simplemente no sabe. No es, pues, *sápiens* o sapiente, sino *ínsipiens* o insipiente, es decir, ignorante; y mejor aún, es *stúpidus*; y lo peor es que ni siquiera es un estúpido de la variedad ligera. Al fin y al cabo, como decía Mussolini:

“Todos los hombre somos más o menos estúpidos. La cuestión es ser un estúpido ligero. ¡Dios nos libre de los estúpidos pesados!”

Singularidad de nuestra especie

El ser humano es una combinación única de naturaleza y artificialidad; reúne en sí lo orgánico o biológico y lo cultural. No es pura naturaleza ni pura cultura. Es un ser bio-socio-psico-espiritual. Hace diez mil años, aproximadamente, aprendió a cultivar la tierra. Fue la primera gran revolución que conoció la humanidad: la Revolución Agrícola. Después se produjo la Revolución Urbana. Aparecieron posteriormente las urbes, esto es, las ciudades grandes y populosas.

Ahora bien: cuando se quiere precisar la naturaleza del ser humano, ¿en qué ser humano estamos pensando, en el precitadino o en el citadino y particularmente en el urbícola? Hay que aclarar el punto, porque la ciudad transforma al ser humano, y con cuanto mayor razón la urbe.

El urbícola tiene características que el agricultor no tiene. No es que sea más inteligente, pero dispone de conocimientos y técnicas que el hombre de la ruralia ignora.

En la urbe, la población se diversifica, se densifica y se multiplica crecientemente. Es diversiforme y heterogénea y campo propicio para el surgimiento y desarrollo de tipos humanos. Cuando Spranger distinguió sus seis tipos de hombre –el hombre *teórico*, el *económico*, el *estético*,

el *social*, el *político* y el *religioso*—; cuando Spranger los estudió, no estaba en Nueva Guinea, estaba en Alemania. Esos tipos son tipos europeos de ciudad, de urbe, no de comarca ni de villorrio, ni mucho menos de tribu. En la ruralia no hay pícnicos ciclotímicos ni atléticos viscosos o enequéuticos. (Estoy aludiendo a Kretschmer.) En el campo no rige semejante tipología.

No el hombre a secas

Así es: no el hombre a secas, sino el hombre armado y además ciudadano y urbícola.

El sacerdote jesuita Alberto Simons Camino dice que “*el hombre tiene capacidad de engañarse y también de destruirse y destruir a sus semejantes*”; y Simons manifiesta igualmente que siendo, como es, “*historia inconclusa la nuestra, queda todavía en el hombre buena parte de bestialidad aún no dominada*”. (Simons, *Ser Humano*, 43, 330.)

Efectivamente, Simons tiene razón, pero debió precisar que el hombre al que se refiere es el hombre armado, ciudadano y urbícola, porque el campesino o habitante de la ruralia no comete normalmente asesinatos ni matanzas; los comete cuando se pertrecha de armas y municiones.

El uso de las armas por el ser humano se debió a la pérdida del caudal instintivo, al advenimiento consiguiente de la inteligencia superior y a la posición bípeda, que le permitió al hombre tener libres las extremidades superiores y lanzar el primer proyectil, seguramente una piedra. Así comenzó su carrera armamentista.

Como ha dicho Lorenz, la historia del hombre es la de una creciente *desinhibición*, que se extiende desde el lanzamiento de piedras por los cavernícolas hasta el lanzamiento de misiles que hacen actualmente los nuevos cavernícolas.

Somos necesariamente protéticos

Prótesis es término de origen griego que significa, etimológicamente, *adición*.

Cuando se dice *prótesis*, lo que normalmente se entiende es la pieza o aparato con que se substituye, parcial o totalmente, un órgano o parte del cuerpo dotada de una o varias funciones. La dentadura postiza, por ejemplo, es una prótesis dental o dentaria.

Dícese *prótesis* de todo lo que sea una adición, extensión, agregación o ampliación de nuestros sentidos y facultades y de ciertas partes del soma femenino. Estoy aludiendo, claro está, a los implantes labiales, tetales o nalgales. Hoy la mujer, en aras del *sex appeal*, es más protética que el hombre.

Ahora bien: a lo que quería llegar era a esto: la prótesis más característica del ser humano, y también la más peligrosa y terrible, es el *arma*, vale decir, el instrumento o medio que nos permite atacar o defendernos. Hay armas ofensivas y defensivas, armas de fuego, armas nucleares, armas biológicas, en fin, cualquier cantidad de armas, de todas las clases y para todos los gustos.

Se dice que el hombre descubrió las armas. Yo creo, juntamente con Ardrey, que fue al revés: *las armas descubrieron al hombre*, es decir, *revelaron* quién es verdaderamente el hombre: un asesino potencial, que para colmo y remate no es organizado y por eso el etólogo Tinbergen lo caracterizó certeramente llamándolo *asesino desorganizado*. (En mi libro *De esto y aquello* desarrollo este asunto en el primer capítulo, titulado, precisamente, «El asesino desorganizado».)

Nuestra especie es protética. (*) Imaginárnosla sin prótesis, en general, y sin armas, en particular, es imposible. Freud ya lo había advertido y en consecuencia, y con gran propiedad, llamó al hombre «*el dios de la prótesis*». (Citado por María Laffitte, condesa de Campo Alange, en su libro *La Mujer como Mito y como Ser Humano*, 18.)

(*) Jacques Derrida, deseoso de subrayar la artificiosidad del ser humano, decía que la nuestra era una naturaleza *tecnoprotética* (*technoprothétique*).

Para Marshall McLuhan, es obvio el carácter totalitario de lo protético, o de las *extensiones*, como él decía. En efecto, cuando lo protético se esparce por todas partes en una sociedad, entonces la penetra y satura.

El inconveniente de ser protéticos

La proteticidad que nos caracteriza tiene a mi ver el inconveniente principal de alejarnos de nosotros mismos. Piénsese tan sólo en la necesidad (tan promovida) de estar *interconectados*. El estarlo es un fenómeno de *extraversión*, un movimiento del ánimo que sale fuera de sí por medio de los sentidos. (*) Extravertirnos (**) es salir de nosotros mismos, y esto ocurre hoy más que nunca a causa de la Posmodernidad, la Era Digital, los cambios y la velocidad de los cambios, el imperio de lo fácil, ligero, volátil e impermanente, y la multiplicación incontenible de estímulos. Situación completamente desfavorecedora de la *introversión* o penetración dentro de nosotros mismos.

La proteticidad del ser humano es hoy pura alteración o alienación y el mentís más palmario del ensimismamiento. Hecho grave porque ningún otro animal, sólo nosotros, tiene un *intus* o *intro*, una interioridad o dentrura, una intimidad, un penetal o fuero interno.

Bien decía por eso don José Ortega y Gasset que cuando el mono, en el zoológico, ya no tiene ningún estímulo que lo mueva, ni el ofrecimiento que le hacen los circunstantes de plátanos y maníes, ni las risas y comentarios de la gente que contempla y celebra sus monadas; cuando el mono ya no tiene estimulación ninguna, entonces comienza a dormir y luego se duerme, porque el mono, carente de lo que se llama *los adentros*, o sea lo interior del ánimo, no puede

(*) La Academia ha tenido la ocurrencia de admitir los vocablos *extroversión* y *extrovertido*. Un disparate más, porque el sufijo *extro-* no existe.

(**) La Academia no admite el infinitivo *extravertir*, pero sí el participio *extravertido*. Una nueva incongruencia de la Corporación.

introvertirse ni ensimismarse y por supuesto desconoce la abstracción, la reflexión y la meditación.

Lo malo, o mejor dicho, lo estupefaciente, es que nos estamos pareciendo cada vez más a los monos; o acaso fuera más propio manifestar que nunca nos distinguimos verdaderamente de ellos. Lo que pasa es que ahora se nota más esa indistinción.

IV

El yogamiento con la tierra

Hubo en el Cuzco, y hay todavía, aunque con vigencia restricta, una práctica que consiste en el yogamiento con la tierra (*yogar* es verbo anticuado que usa Valcárcel y que significa realizar el coito). Pero siendo, como es, incumplible el yogamiento con la tierra, fíngese que se copula con ella regándola con la eyaculación de los oferentes que la producen masturbándose. Es, pues, una ofrenda sexual y un rito de la fertilidad. Con el regadío espermático se ha consumado simbólicamente la hierogamia o matrimonio sagrado con la gleba. (*)

Manuel Scorza, que dirigía la Editorial Populibros Peruanos, publicó en 1963 la segunda edición de *Tempestad en los Andes*, de Luis Eduardo Valcárcel. La edición original se había publicado en 1927, con un prólogo de José Carlos Mariátegui y un colofón de Luis Alberto Sánchez. Esta obra del doctor Valcárcel fue muy comentada y discutida, y alborotó significativamente el cotarro o el cortijo, hasta tal punto que fue considerada medio subversiva. Yo la leí en la edición de 1963 y confieso que me gustó.

(*) El célebre sexólogo norteamericano Alfred Charles Kinsey (1894-1956) decía, entre chanzas y veras, que los únicos actos sexuales anormales son los de realización imposible. El yogamiento con la tierra es imposible; por lo tanto, es un acto sexual anormal.

En la página 37 de *Tempestad en los Andes* hay un pasaje en el cual no es costumbre fijar la consideración, a pesar de su importancia. Dice así:

“Después del ‘Intiwata’ [oración matutina al Sol], cuando el Padre Sol ha surgido del ‘Apu Ausankati’ [nevado frente al Cuzco], los trabajadores yogan con la tierra. Perfumes de fecundación impregnan la brisa matinal.”

Percíbese claramente el olor seminal en los “*perfumes de fecundación*” mencionados por Valcárcel, y me imagino que si éstos son capaces de impregnar la brisa matinal, deben de ser muchos, treinta o cuarenta, por lo menos, los ofrendantes del “*líquido radical*”, como llamaba Casanova al semen.

Informantes muy serios me aseguran que el yogamiento con la tierra se sigue practicando en Paucartambo. No es una práctica que nos sea privativa. Se conoce también en otras culturas y es muy antigua. Hay información al respecto en la página 425 del gran tratado sexológico de Rinaldo Pellegrini.

Ítem más:

El 23 de enero del 2011 se publicó en *El Comercio* una crónica titulada “La boda de la tierra y el cielo”. Es un rito o más bien un ritual o conjunto de ritos celebrados en el Titicaca, en la isla de Amantani, a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar.

Se trata de la conjunción sexual simbólica o del yogamiento, como diría Valcárcel, entre la Pachamama y el Pachatata, los dos cerros tutelares que representan a la Madre Tierra y al Padre Cielo.

En este ritual propiciatorio de las lluvias no hay esparcimiento seminal, o mejor dicho, regadío espermático, pero sí mucho entusiasmo y jolgorio, con tambores, flautas y danzas.

Además, magnífico ejemplo poético de yogamiento con la tierra es el soneto de Alberto Hidalgo que se leerá a continuación.

SENSACIÓN DE LA TIERRA MOJADA

“Ayer me sentí un hombre de cien metros de altura, / un hombre fuerte, bravo, tremendo y regular; / el cráneo de cemento, la vista recia y dura / y en el cerebro ideas como olas en el mar.

“Mi poderoso sexo buscaba con locura / una mujer que fuera capaz de procrear / un hijo de mi semen, superhombre. Perdura / en mi mente la idea de tal hijo forjar.

“Y la encontré: la Tierra. Mojada por la siembra / un olor despedía, como de sexo de hembra. / Los montes eran senos erectos. El placer / me provocó y entonces sobre la Tierra, mudo / me tendí febriciente y en espasmo rudo / la besé con lujuria. Me pareció mujer.”

Nótese que cuando Hidalgo dice haberse sentido un hombre *regular*, lo que ha de entenderse es que se sintió un hombre ajustado y conforme a regla.

El primero en noticiarme del soneto de que se trata fue el doctor Jorge Puccinelli Converso, en 1957. Por entonces don Jorge era mi profesor universitario de literatura.

El soneto “Sensación de la tierra mojada” está incluido en el poemario de Hidalgo, de 1917, *Panoplia Lírica*. (Véase Alberto Hidalgo, *Antología Poética*. Prólogo de Jorge Cornejo Polar. Arequipa, Universidad Nacional de San Agustín, 1997, 45.)

(Jean Franco, al concluir sus declaraciones acerca de la Liberación Femenina, cita el soneto de Hidalgo y también la advertencia epigráfica del vate arequipeño, aunque sin entrecomillarla, de suerte que los lectores desinformados, tan abundantes siempre, podrían suponer fácilmente que la advertencia es de Franco.) (Véase *Libre*, Revista crítica trimestral de habla española, 1972, Nº 4, 111b.)

V

Un cisne degollado

El ilustre polígrafo que fue Luis Alberto Sánchez, en conversación con Lorena Ausejo (ella lo cuenta en la página 208 de su libro *Protagonistas*); el doctor Sánchez le decía que cuando cumplió los trece años de su edad, ese mismo día, una hora después de haberlos cumplido, su madre moría en sus brazos; y él, sin advertir que ya había muerto, seguía reanimándola inútilmente. Luis Alberto Sánchez concluye este penoso recuerdo citando a Rubén Darío, en cuyo sentir “*todos tenemos en el fondo un cisne degollado*”.

La imagen rubendariana del cisne degollado la tengo por muy expresiva y es representación justa del dolor personalísimo o íntima pena. Un cisne al que le han cortado el cuello es un cisne que ha sufrido la *decolación*, como diría Manuel González Prada. (*Decolación* por *degüello* es arcaísmo.)

En nuestro fuero íntimo, en *los adentros* o en lo interior del ánimo (no hay que confundir el sustantivo masculino plural *adentros* con el adverbio de lugar *adentro*); en mi *coletto*, o en tu *coletto*, o en su *coletto*, vale decir, en mis *adentros*, o en tus *adentros*, o en sus *adentros*; en nuestra *dentrura*, según la impecable expresión neológica de Cesira Alzamora; en la *dentrura* de cualquier persona *sentimental, sensible y sensitiva* (ésta es una tríada adjetival rubendariana), en lo recóndito de nuestro ser hay, pues, y siempre, un cisne degollado. Lo hay en el *penetral*, y sea esto

dicho con voz cara a Honorio Delgado; o para manifestarlo con término eclesiástico, hay un cisne degollado en nuestro *sanctasanctorum*.

Movido por la decolación del cisne acudí a Pérez-Rioja y también a Mérida para ver lo que me decían acerca del simbolismo cisnesco. (El adjetivo *cisnesco* es tan admisible como *principesco*.) (*)

El cisne estaba consagrado al dios de la música Apolo, porque se decía que moría cantando dulcemente. (La expresión *canto del cisne* significa última obra o actuación de alguien.) Apolo regresa de la región hiperbórea o muy septentrional, donde vivía el pueblo fabuloso de los hiperbóreos, en el extremo norte de mundo; regresa Apolo de esa región en un carro tirado por unos cisnes de vuelo infatigable.

Jupiter se metamorfoseó en cisne para seducir a Leda y poseerla. Abundan al respecto las representaciones artísticas de Leda desnuda estrechando voluptuosamente en sus brazos al cisne jupiterino de cuello fálico. (A propósito de falo: el cisne degollado es, desde el punto de vista psicoanalítico, emblema o representación simbólica de la castración.)

Y como la tercera acepción de *cisne* es “*poeta o músico excelente*”, se dice, en consecuencia, de Virgilio, que es “El Cisne de Mantua”, y de Rossini, que es “El Cisne de Pésaro”.

Cuello de cisne o *cuello alto* es el de la chompa que sube por el cuello y se dobla sobre sí mismo. Esta prenda tejida con cuello de cisne o cuello alto se llama en el Perú chompa con cuello Jorge Chávez.

Hoy ya no figura en el Diccionario de la Academia la acepción germanesca de *cisne* por *ramera*; pero figuró hasta la vigésima edición del DRAE, publicada en 1984.

(*) José Ortega y Gasset, *O.C.*, XII, 224, dice “*la pluma cisniega*”. **Cisniego**, **ga**, es adjetivo compuesto de *cisne*, con supresión de la vocal final, y el sufijo *-iego*. La apócope del nombre no es normal en esta clase de compuestos. Dícese por eso, verbigracia, *mujeriego* y *solariego*.

Hay un yaraví tradicional arequipeño que se titula “Cisne, mi dolor lamento” y que también es conocido por el título de “El cisne”, aunque en realidad se debería titular “El canto del cisne”. La cuarteta inicial es como sigue:

“Cisne, mi dolor lamento, / iay, ansia, pena y tormento! / Así, cuando siento canto, / mas no canto lo que siento.” (Cf. Juan Guillermo Carpio Muñoz, *El Yaraví Arequipeño*, 150-151.)

“La transformación de seres humanos en cisnes y su inversa –manifiesta Cela– es tema mitológico recurrente. Quizá la más antigua fábula conocida sea la del mozo que, contemplando una bandada de cisnes posada en las aguas, vio cómo se desnudaban de sus plumas para convertirse en jóvenes bellísimas. El muchacho robó el plumaje de una de ellas y ambos vivieron como felices amantes hasta que un día ella reencontró sus plumas, se convirtió de nuevo en cisne y desapareció misteriosamente y para siempre.” (Camilo José Cela, *Enciclopedia del Erotismo*, II, s.v. “Cisne”.)

La nítida pluma cisnesca, tersa y clara, simboliza la luz pura y brillante del Sol. Además, y finalmente, hay en Darío otras menciones cisnescas, amén de la del degüello; verbigracia: “Y los cisnes unánimes en el lago de azur.”

VI

¿Queremos realmente cambiar?

Ching Hai, la maestra taiwanesa que alcanzó la iluminación, según dicen, en el Himalaya y a quien se considera Buda viviente, está alborotando el cotarro espiritual –tanto en Oriente cuanto en Occidente– desde hace varios años, alrededor de veinte.

Su método, esencialmente búdico, exige, entre otras cosas, dieta vegetariana y ánimo enteramente positivo; hay que meditar, contemplar, reflexionar y querer la transformación espiritual o la iluminación o el gran cambio existencial *con vehemencia y desesperación*.

Ching Hai ejemplifica esto último refiriendo una historia muy interesante del budismo zen. Es una historia zénica muy vívida; quiero decir, verdaderamente eficaz en cuanto al mensaje. Consta en la página 36 del número 94 de la revista *The Supreme Master Ching Hai News (Noticias de la Maestra Suprema Ching Hai)*.

La historia zénica que refiere Ching Hai es como sigue:

Un discípulo del zen pregunta a su maestro cómo puede alcanzar la iluminación; y su maestro le responde que deseándolo muchísimo; entonces el discípulo le pregunta qué es **muchísimo**: “Ah –le dice el maestro–, *ven conmigo, acompáñame al río.*”

Llegan al río y el maestro le indica al discípulo que meta completamente la cabeza debajo del agua, que la hunda bien

en ella y que aguante la respiración. El discípulo le obedece, pero al cabo de medio minuto, necesitando respirar, quiere sacar la cabeza, pero el maestro inmediatamente se la vuelve a hundir. Entonces se inicia todo un forcejeo, de intensidad creciente, entre el discípulo que quiere sacar la cabeza y el maestro que no quiere que la saque. El discípulo traga agua, se desespera, patatea, comienza a sufrir de asfixia por sumersión, y cuando ya está ahogándose, el maestro lo levanta y lo saca fuera del agua. El discípulo, desfalleciente, extenuado, jadeante, llega a decir a su maestro, con voz entrecortada:

“Maestro, ¿por qué me ha hecho esto? Casi me ahogo, casi me muero.”

El maestro le dijo:

“Lo hice porque quería que te desesperes. Ahora entenderás que sólo queriendo desesperadamente la iluminación, la alcanzarás. Si no la buscas con desesperación, entonces jamás te iluminarás.”

Sébase que para quienes no lo sientan así, esto es, para las más de las personas, son enteramente válidas las consideraciones siguientes del célebre filósofo existencialista Jean-Paul Sartre:

*“Estamos lejos de poder cambiar a voluntad nuestra situación –dice Sartre, en **El Ser y la Nada** (1943)–. Es más: incluso parece que no somos capaces ni siquiera de cambiarnos a nosotros mismos. Yo no soy ‘libre’ para escapar al destino de mi clase, de mi nación o de mi familia, ni para cimentar mi poder o mi fortuna, ni tampoco para vencer mis inclinaciones o hábitos más insignificantes. Yo nazco obrero, francés, con sífilis hereditaria o tuberculosis. La historia de una vida –cualquiera que sea– es la historia de un fracaso. [...]”*

“Antes que ‘hacerse’, el hombre parece ‘hecho’ por el clima y la tierra, la raza, la clase, la lengua, la historia de la colectividad de la que forma parte, la herencia, las circunstancias particulares de su infancia, las costumbres adquiridas, los grandes o pequeños acontecimientos de su vida.” (Walter Biemel, Sartre. Barcelona, Salvat, 1986, 125.)

Gurdjieff decía con mucha razón que en nuestra vida hacemos los mayores esfuerzos para no hacer ningún esfuerzo.

Desrutinizarse e iniciar el largo y trabajoso proceso de cambio óptico y transformación existencial, resulta para el hombre común y corriente, es decir, para el noventa por ciento de la población mundial, algo tan escasamente atractivo como lo sería para un holgazán insigne huir prontamente ante la cercanía peligrosa de una víbora. En efecto, aquel siervo de la pereza, antes que esforzarse en huir, preferiría más bien preguntarse qué antídoto le convendría contra el veneno de víbora.

Sincerémonos: antes que renunciar a nuestra comodidad, preferiríamos abismarnos y perecer. Ni más ni menos que Baralt cuando despotricaba contra el vocablo **gubernamental**. *“Todo se intente –decía–, todo se haga, menos escribir semejante vocablo, menos pronunciarle, menos incluirle en el Diccionario de la Academia. Antes perezca éste, y perezca la lengua, y perezcamos todos.”* (Rafael María Baralt, *Diccionario de Galicismos*. Madrid, Imprenta Nacional, 1855, s.v. “Gubernamental”.)

Arthur Koestler (1905-1983) refiere que en cierta ocasión estuvo dispuesto a morir, pero no a renunciar (aunque era peligrosísima la irrenuncia) al calor y comodidad que le brindaba transitoriamente la casa de un amigo. La anécdota la ha contado el mismo Koestler y la ha divulgado Erich Fromm. Veamos lo que éste nos dice al respecto.

“En la vida –escribe Fromm– se requerirían cambios tan enormes, que la gente prefiere una catástrofe futura al sacrificio que tendría que hacer hoy. La descripción que hace Arthur Koestler de algo que le ocurrió durante la Guerra Civil Española es un ejemplo notable de esta actitud común.

“Koestler se encontraba en la cómoda quinta de un amigo cuando le informaron que avanzaban las tropas de Franco. Llegarían durante la noche y muy probablemente lo asesinarían. Podía salvarse huyendo, pero la noche era fría y lluviosa, y la casa tibia y cómoda. Resolvió quedarse

y lo tomaron prisionero. Muchas semanas después, y casi milagrosamente, se salvó de morir gracias a los esfuerzos de algunos amigos periodistas.

“Así también se comportan los que prefieren arriesgarse a morir antes que someterse a un examen presumiblemente revelador de una enfermedad grave que requeriría de una operación de cirugía mayor.”

(Erich Fromm, *¿Tener o Ser?* Decimotercera reimpresión de la primera edición en español. México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 29.)

VII

Los mordientes y nosotros

En tintorería, las sustancias fijadoras de los colores en las telas se llaman *mordientes*. Don Santiago Ramón y Cajal decía que los tres mordientes de la memoria son el *interés*, la *emoción* y la *atención obstinada*; es decir, no la simple atención, sino la atención perseverante y tenaz.

Estos tres mordientes son también los del *estudio* y el *aprendizaje*. Mediante aquéllos pueden éstos desenvolverse adecuadamente y ser de veras productivos. Los tres mordientes me permitirán *concentrarme*, *reflexionar profundamente* y *tomar plena conciencia de las cosas*, o lo que es lo mismo, me permitirán *ser consciente*, y en consecuencia podré *sentir*, *pensar*, *querer* y *obrar sabiendo verdaderamente lo que estoy haciendo*.

Sin embargo, la concentración y el estar uno alerta no son estados normales o habituales del cerebro, no son *solencias* cerebrales, sino *insolencias*, y sea esto dicho usando el vocablo *insolencia* en su antiguo sentido de infrecuente, inhabitual, raro o desacostumbrado.

La concentración y el estado de alerta son ocurrencias cerebrales raras. El cerebro tiende más bien a la dispersión y busca siempre estímulos para entretenerse, distraerse y complacerse, pero no para concentrarse ni percatarse. La *concentración* y la *percatación* no son *solencias* cerebrales, sino *rarezas* cerebrales. Y hoy lo son más por la extraordinaria multiplicación de estímulos que rige

en las sociedades presuntamente civilizadas. Proliferan incontenibles la mar de estímulos y las más de las personas ya no sabrían vivir sin ellos.

Llego, pues, a la inevitable conclusión de que hoy es mucho más difícil estudiar y aprender, porque actualmente la gente se concentra y se percata menos que antes. Hoy no somos más humanos, sino menos, porque la videocracia no humaniza, sino animaliza. Esto lo ha demostrado cumplidamente Sartori y sería inútil insistir en ello.

Creo, finalmente, que la acción eficaz y creativa, la que nos mejora y eleva, la acción nutritiva y perdurable, es resultado de la sinergia de cuatro mordientes, a saber:

- *INTERÉS*
- *ATENCIÓN*
- *ESFUERZO*
- *PERSEVERANCIA*

Clarísima arduidad la de este empeño, por cuya causa tendremos desde luego que sufrir, pero sea bienvenido tal sufrimiento, pues el sufrimiento útil nos temple y dignifica.

VIII

¿Se puede amar a más de una persona al mismo tiempo?

¿Se puede amar, *en el sentido de amor de pareja*, no en el sentido de amor parental, ni de amor filial, ni de amor amical; no, *en el sentido de amor de pareja*, ya sea heterosexual, ya sea homosexual, se puede amar a más de una persona al mismo tiempo?

Para averiguarlo hay que tener en cuenta cuatro puntos:

- 1) La definición de amor.
- 2) La capacidad de amar.
- 3) La posibilidad de que una sola persona, a la que precisamente amamos, satisfaga todas nuestras expectativas e ilusiones.
- 4) El costo relacional.

El amor

Distingo entre el *sentimiento amoroso* y la *pasión amorosa*. Esta última es propia del *enamoramamiento* y el *erotismo*. Es ganosa, apetente y posesiva. El *sentimiento del amor*, en cambio, se compone de afecto, ternura y cariño; y también comprende, claro es, la atención dilecta para con nuestra pareja y el cuidado y la preocupación por ella. Consiste, además, en procurar que la persona amada alcance lo que se juzga su bien. Por bien debemos entender el desarrollo de la personalidad del otro, su enriquecimiento espiritual, su expansión de conciencia, su creatividad y

productividad y la adquisición y desenvolvimiento de valores.

El amor no es, por tanto, desligable de la personalidad, es una función de ésta, y debe ser practicado y acrecentado diariamente y siempre. El amor no es, por ejemplo, como el *carisma*, o don gratuito que Dios concede a algunas personas en beneficio de la comunidad.

El amor depende del desarrollo integral de la persona; pero si ésta se ha desarrollado parvamente y con suma deficiencia, entonces su amor será, si acaso, como su imperfectísimo desarrollo.

Pablo Macera tiene una observación aguda que a mí me gusta repetir y que en esta coyuntura es, por lo pertinente, citable. Dice así:

“El tamaño y la promesa de una historia cualquiera, dependen siempre de nuestro propio tamaño.”

La capacidad de amar

La observación de Macera se aplica muy bien a la *capacidad de amar*, capacidad desigualmente distribuida y que debe ser fomentada sin intermisión para que acrezca y se acreciente.

En la mayor parte de las personas, la capacidad de amar es, o una semicapacidad, o una capacidad insignificante, o sea pequeña y despreciable; lo cual no tiene por qué sorprender, ya que la mayoría de la gente se caracteriza por su insignificancia. (*)

(*) *“Un paso más y podremos decir sin excesiva extravagancia –escribe José Ortega y Gasset– que el amor es un hecho poco frecuente y un sentimiento que sólo ciertas almas pueden llegar a sentir; en rigor, un talento específico que algunos seres poseen, el cual se da de ordinario unido a los otros talentos, pero puede ocurrir aislado y sin ellos.*

“Si; enamorarse es un talento maravilloso que algunas criaturas poseen, como el don de hacer versos, como el espíritu de sacrificio, como la inspiración melódica, como la valentía personal, como el saber mandar. No se enamora cualquiera, ni de cualquiera se enamora el capaz. El divino suceso se origina sólo cuando se dan ciertas rigurosas condiciones en el sujeto y en el objeto. Muy pocos pueden ser amantes y muy pocos amados.” (José Ortega y Gasset, O.C., IV, 475.)

Óbiter dictum (apuntación marginal): Habrá advertido el lector que Ortega dice *rigoroso*, *sa*, y no, como es solencia, *riguroso*, *sa*. La forma etimológica de este adjetivo es *rigoroso*, del latín *rigorosus*. La grafía *riguroso* procede de *rigoroso*.

Con lo recién expuesto quiero denotar el hecho incontrovertible de que los seres humanos son, en su mayoría, *indigentes*. Y por *indigencia* no ha de entenderse, naturalmente, en este caso, carencia de recursos económicos. El indigente, en tal sentido, es el pobre; pero a lo que yo me refiero, cuando digo *indigente*, es al ser humano carente de contenido, que no tiene intereses, ni inquietudes, ni valores, ni desarrollo; que ignora la expansión mental y desconoce la riqueza espiritual.

El *indigente* no piensa, ni reflexiona, ni tampoco sabe lo que son los problemas teóricos. El *indigente* vive o sobrevive, pero no se pregunta ni se cuestiona, ni es capaz por supuesto de ensimismarse.

Estamos, pues, los que pensamos, rodeados de gente que no piensa. Tenemos, cuando nos relacionamos, la posibilidad de habérmolas con la indigencia y con los indigentes.

¿Una sola persona?

Respecto al tercer punto, que si puede haber una sola persona que colme todas nuestras expectativas e ilusiones y satisfaga cabalmente nuestros deseos y anhelos, la respuesta es obvia: semejante persona no existe. A veces, sin embargo, pareciera lo contrario, puesto que hay personas que temporalmente nos satisfacen en todo; pero sólo temporalmente, no siempre.

Esta impenitud en nuestra relación con el otro se nota desde luego menos cuando nuestras exigencias son mínimas y nuestras expectativas e ilusiones nulas, o casi. Pero si no es así, entonces el otro no nos llenará plenamente; no habrá, pues, plenitud, sino impenitud.

Ahora bien: que nuestra pareja no pueda colmarnos en todos los sentidos, no es una deficiencia, no es un defecto; es normal. Y los que suponen que es anormal, disparatan, evidentemente.

Nosotros no tratamos, en nuestra vida diaria, con dioses ni con diosas, ni siquiera con semidioses ni con semidiosas,

sino con seres humanos llenos de limitaciones y defectos. Ninguno de ellos puede satisfacernos cabalmente. Es obvio.

Si una sola persona es incapaz de satisfacernos completamente; y si nosotros, correspondientemente, somos también incapaces de satisfacer completamente a nadie, a pesar de que tengamos buena capacidad de amar, entonces, amando a más de una persona, a dos personas, exactamente, al mismo tiempo, quizá podamos hallar una mayor satisfacción que amando a una sola persona.

El costo relacional

Toda relación es una inversión: hagámosla bien. No hay ninguna relación gratuita: todas cuestan. Y una de las que cuesta más es la relación de pareja. Es problemática y difícil. Ocasiona penas y fatigas, tensiones y discusiones, malhumor y sufrimiento. Si todo ello no es continuo ni excesivo, si es razonable, y si por consecuencia es normal la facturación, asumamos el gasto y paguémoslo. Nuestro pago será indicativo de que vale la pena mantener la relación. Ésta nos conviene y nos gusta por ser constructiva y buena. Por su causa avanzamos y mejoramos.

Pero si la relación es todo lo contrario, si no favorece nuestra mejoría, sino nuestra peoría; si nos destruye y si, por consecuencia, es carísima y la sobrefacturación impresionante, entonces cometeríamos una locura o una estupidez si asumiéramos el gasto y lo pagáramos.

Ahora bien: cuando uno ama a dos personas al mismo tiempo, las respectivas facturas que ocasionan ambas relaciones deberán ser, naturalmente, *normales*. Las sobrefacturaciones sólo se justificarán, y por lo demás no muy a la continua, cuando nuestra pareja, siendo de un valor excepcional, no sea, empero, muy llevadera y resulte por eso mismo *costosa*. Felizmente se trata de un caso incomún, ya que las personas excepcionales escasean.

¿Por qué es asunto opinable la posibilidad de amar a más de una persona al mismo tiempo?

Porque se confunde el sentimiento del amor con el afán de posesión carnal, con la apetencia libidinosa. En el amor amical no ocurre, porque yo no quiero el cuerpo de mi amigo sino su amistad. Tampoco ocurre en el amor parental ni en el amor filial. Ningún padre se pregunta si podrá amar a sus hijos al mismo tiempo y ningún hijo se pregunta si podrá amar a sus padres al mismo tiempo. El problema surge cuando se trata del amor de pareja, porque en el amor de pareja es arduísimo, sobre todo para las mujeres, separar el sentimiento amoroso de la pasión amorosa. Para los hombres no es tan difícil. Bien; pero ése es otro tema.

IX

La tristeza

Tristeza es aflicción del ánimo. Estar triste es estar afligido, apesadumbrado, acongojado. La pesadumbre y la aflicción son consubstanciales a la tristeza. (A propósito de la aflicción: en lenguaje forense, *pena aflictiva* es la pena corporal. Las penas aflictivas son: la muerte, los trabajos forzados, la detención, la reclusión y el destierro.)

Cuando decimos *tristeza*, decimos también muchas cosas más que se le emparentan en mayor o menor medida. Véanse las siguientes:

- *ABATIMIENTO*
- *AFLICCIÓN*
- *ANGUSTIA*
- *CONGOJA*
- *CONSTERNACIÓN*
- *CUITA*
- *DESAZÓN*
- *DESCONSUELO*
- *DESDICHA*
- *DESESPERACIÓN*
- *DESGRACIA*
- *DESOLACIÓN*

- *DESVENTURA*
- *DISPLACER*
- *DOLOR*
- *DUELO*
- *LUTO*
- *MELANCOLÍA*
- *MORRIÑA*
- *NOSTALGIA*
- *PADECIMIENTO*
- *PENA*
- *PESADUMBRE*
- *PESAR*
- *QUEBRANTO*
- *SUFRIMIENTO*
- *TORMENTO*

En total, veintisiete ideas afines a la de tristeza. Son bastantes, y por eso resulta bastante complejo este asunto.

Hay diferentes manifestaciones de la tristeza y toda una gama de la *tristura*, para decirlo con un vocablo que le gustaba usar al poeta José María Eguren. Otro poeta, César Vallejo, decía *tristumbre*.

Hay, pues, varias clases de *tristeza*, de *tristura* o de *tristumbre*. Desde la tristeza de la desesperación, que es desgarradora y lacerante, hasta la tristeza melancólica de la nostalgia.

La *nostalgia* es la tristeza melancólica originada por el recuerdo de una dicha perdida.

La *nostalgia* es la *añoranza*.

Añorar es recordar con pena la ausencia, privación o pérdida de persona o cosa muy querida.

Más aflictiva que la nostalgia es sin duda la *melancolía*, que es la tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales, que hace que no encuentre el que la padece gusto ni diversión en ninguna cosa. (DRAE, II, s.v. “Melancolía”.)

Luego tenemos la tristeza de la *saudade*, la tristeza de la *morriña*, la tristeza *romántica*, esta última, muy interesante.

Don José Ortega y Gasset señalaba con razón que el *hombre romántico* es el hombre a quien el corazón se le ha subido a la cabeza. El romanticismo es el *triumfo del sentimiento* y su característica esencial es el *apasionamiento*.

En la literatura romántica, hay dos cosas que en la literatura anterior a 1800 no las había, o las había en muy escasa medida; a saber: *color* y *temperatura*. Tienen, en el romanticismo, libre curso las pasiones, las exaltaciones y los sufrimientos. La vida romántica está generalmente signada por el dolor y la fatalidad.

Échase de ver en el romanticismo toda una *voluptuosidad de la tristeza*. Y esto lo ejemplifica cumplidamente una anécdota de Chateaubriand, el célebre escritor francés que entre otras cosas compuso unas *Memorias de Ultratumba*, que son un diario apasionado de su vida.

Refiere Ortega y Gasset que Chateaubriand, durante su Embajada en Roma, dio una fiesta suntuosa. Una dama inglesa, a quien él no conocía, se le acercó para saludarlo y, misteriosamente, le manifestó lo siguiente:

“¡Ah, señor embajador, cómo se conoce que usted es muy desgraciado! ¡Cuánta infelicidad se revela en su rostro, cuánta desventura!”

Chateaubriand, al oír esas palabras, se sintió halagadísimo en su más honda intimidad, en su penetral, en su más recóndita dentrura. Esas palabras de la inglesa anónima fueron de las más deleitosas que había recibido en su vida, y al recordarlas, cuando escribía sus *Memorias*, le sirven de

pretexto para entregarnos algunas expresiones magníficas de su gran melancolía.

Había, pues, un gusto y un regusto, una voluptuosidad de la tristeza. La tristeza no era vitanda, sino bienquista.

Presumo que por entonces los hombres lloraban tanto como las mujeres. Al fin y al cabo, el llanto suele ser acompañante de la tristeza. Hoy, según nos lo demuestra un estudio de la psicóloga Alegría Majluf, las mujeres lloran con más frecuencia que los hombres. (Cf. Alegría Majluf, "Llanto del adulto". *Revista de Psicología*, PUCP, 1998, 16:2, [197]-218.)

La muestra comprendió 30 países, entre ellos, el nuestro, y los investigandos fueron alrededor de 4 mil.

He aquí las principales conclusiones:

1) Las mujeres lloran con más frecuencia que los varones y sus episodios de llanto son más intensos y de mayor duración. (*)

2) Se observan diferencias importantes entre los países respecto a la frecuencia del llanto y a la tendencia a llorar.

3) Las causas más frecuentes del llanto son los conflictos, las pérdidas, el sufrimiento y la inadecuación personal.

4) Las personas que lloran experimentan durante el llanto sentimientos de tristeza, impotencia, frustración y cólera. (Esto último, el *llanto de cólera*, es tan singular como el *llanto de alegría*, que como yo he demostrado, no es, propiamente hablando, llanto, porque la persona que llora de alegría en realidad no llora, sino *lloriquea*, es decir, llora sin fuerza ni fundamento; no solloza ni se lamenta, no manifiesta íntima pena.)

(*) Las mujeres no sólo lloran con más frecuencia que los hombres y durante más tiempo y más intensamente, sino que la secreción lacrimal femenina es más abundante que la masculina y además las lágrimas que derraman las mujeres aventajan por su magnitud a las lágrimas de los varones. (Cf. Ashley Montagu, *La Revolución del Hombre*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1967, 152.)

5) Se comprobaron diferencias significativas entre las mujeres de diferentes países en relación con el ciclo menstrual y la tendencia al llanto. El 43% del total de mujeres dijo que había tal relación. Pero en la China, sólo el 15% dijo que la había. En Turquía, en cambio, cerca del 70% manifestó que esa relación existía.

Coda

*«En dos ocasiones –una carta a Pollot y otra a Huggens– dice Descartes: **‘Yo no soy de los que creen que las tristezas y las lágrimas son cosas de mujeres, y que el varón, para parecerlo, debe guardar siempre el rostro impasible’***

*«El varón no llora durante toda la Edad Media ni en los años del Renacimiento; y si llora, se avergüenza de llorar y lo disimula. A tal punto había alcanzado esta preocupación, que se llegó a convertirla en un verdadero carácter sexual. **‘Los hombres no lloran’**, decían los dómínes a los muchachos. Y los varones que lloraban se suponía que gozaban de una cualidad de excepción, el **‘don de lágrimas’**, que alcanzaron sólo hombre excepcionales, como algunos santos y, entre ellos, en forma legendaria, nuestro San Ignacio.*

«Descartes anuncia, con su llanto fácil y laico, a un siglo noble, el XVIII, en el que el hombre de la calle derramaba lágrimas copiosas ante cualquier injusticia, ante cualquier desdicha de un semejante. Pocas cosas dan idea del temple humano del gran filósofo como esta confesión del orgullo de su llanto, que repite, en diferentes fechas, con palabras exactamente iguales, denotando que eran para él una concepción fundamental, casi un lugar común.

«Fue necesario que viniera la Revolución Francesa para que al hombre se le secaran los ojos de nuevo. Después de la Revolución, hundida en ella su raíz, vino el Romanticismo, y otra vez volvieron los hombres a llorar. Pero fueron las del romántico lágrimas de cocodrilo.»

(Gregorio Marañón, *Obras Completas*. Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1968, IV, 972.)

Last but not least: no hay palabra inglesa equivalente a *llanto*, dice la lingüista Ivonne Bordelois, aunque al respecto se podría aducir la novena acepción de las once del sustantivo *cry*, a saber: «*a sobbing and shedding of tears*». En el acceso de llanto, «*fit of weeping*», hay más lágrimas que sollozos y lamentos, porque *to weep*, como explica el WEBSTER, significa, en su primera acepción, «*to manifest or give expression to a strong emotion, usually grief or sorrow, by crying, wailing, or, esp., shedding tears*».

(Cf. Ivonne Bordelois, *La Palabra Amenazada*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003, 64.)

X

El humorismo

Hasta la decimonovena edición, inclusive, del DRAE, éste decía del humorismo que era el “*estilo literario en que se hermanan la gracia con la ironía y lo alegre con lo triste*”. Definición a todas luces opinable por su excesiva circunscripción y palmaria insuficiencia.

La RAE reparó en ello, o le dijeron que repare, y habiendo advertido la incompletitud de semejante definición, la reemplazó en la vigésima edición de su Diccionario por otra que a la letra dice:

“Manera de enjuiciar, afrontar y comentar las situaciones con cierto distanciamiento ingenioso, burlón y, aunque sea en apariencia, ligero. Linda a veces con la comicidad, la mordacidad y la ironía, sin que se confunda con ellas, y puede manifestarse en la conversación, en la literatura y en todas las formas de comunicación y de expresión.”

Sabido es que los ingleses tienen en este asunto voz y voto preferenciales y dicen que tratar de definir el humor es la mejor prueba de que se carece de sentido del humor. Sin embargo, y aunque sea aproximadamente, conviene enterarnos de la naturaleza del *humor* y por consecuencia debemos tratar de definirlo.

Considera la Academia que el *humorismo* linda a veces con la *comicidad*, la *mordacidad* y la *ironía*, sin que se

confunda con ellas. Supongo que el *humorismo* no lindará con el *sarcasmo* o burla cruel y sangrienta, ni con la *sátira* o censura acre de personas o cosas, o ridiculización de unas u otras.

Tampoco el *humorismo*, propiamente dicho, es confundible con el *humor negro*, que es corrosivo, cruel y misantrópico, y muchas veces violento. Sin embargo, la RAE manifiesta en su Diccionario que *el humor negro es humorismo*, el humorismo que se ejerce a propósito de cosas que normalmente suscitarían piedad, terror, lástima u otras emociones parecidas.

La *ironía* es la *burla fina y disimulada*, pero no es o no debe ser confundible, en el sentir académico, con el *humorismo*. Lo cual supondría que no todo *humorismo* es irónico, y que no toda ironía es humorística. Punto debatible, claro está.

Por otra parte, dicese *cómico* de lo que divierte y hace reír. El *humorismo* causa diversión y produce risa. Por tanto, se confunde con lo cómico, aunque a juicio de la Academia no debiera confundirse; sólo debiera lindar. (*) El punto es otro de los opinables y los hay tantos en esta materia que es imposible hallar una definición indiscutible de *humorismo*.

Yo únicamente me atrevería a decir que *el humorismo no es popular*; en efecto, no es de la clase popular, ni un fenómeno de difusión masiva que el gran público no solamente conoce, sino que acoge y estima. De la chacota pueblerina a una ocurrencia de Óscar Wilde, hay un buen

(*) Luego de citar Julio Casares la definición que ofrece del *humor* Fernández Flórez, a saber, que es sencillamente una posición ante la vida, una actitud existencial, agrega Casares su propia definición del humor, o como si dijéramos, la definición casaresca, o como habría dicho Julio Cortázar, juliocasaresca del humor, y que es ésta: “**el humor es la interpretación sentimental y trascendente de lo cómico**; porque no todo lo que es mundo o vida –el curso de los astros, la borrasca con sus naufragios, o el dolor de una madre que pierde su hijo– se presta a ser objeto del **humor**. Y añadiré que éste, a mi juicio, no es, como vienen sosteniendo los filósofos, una variedad de **lo cómico**, sino un fenómeno estético más complejo, un proceso anímico reflexivo, en el que entra como materia prima e inmediata el sentimiento de lo cómico en cualquiera de sus múltiples formas”. (Julio Casares, *El Humorismo y Otros Ensayos*. Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1961, 29.)

trecho; el trecho mediante entre la incivilidad del callejón y el refinamiento y cortesanía del salón; la considerable distancia que separa lo cómico o lo chistoso de lo humorístico.

*“La confusión vulgar entre **comicidad** y **humorismo** –dice Fernández Flórez– ha sido la causa del mal entendimiento en que a éste se le tiene, por englobarlo en la indudable inferioridad de aquélla. El **humor** puede hacer reír y puede no hacer reír, sin dejar de ser **humor**, porque no es eso precisamente lo que se propone, a diferencia del **chiste**, cuyo éxito culmina en la carcajada.*

*“El **humor** se dirige en la mayor parte de los casos al sentimiento (como el **chiste** al entendimiento), y cuando, refiriéndose a él, se habla de **ingenio**, se le empequeñece, porque el **humor** está por encima de esta cualidad.”*

*“Ya he dicho en alguna otra ocasión que el **chiste** me parece el más próximo pariente de las cosquillas. Hay ciertos resortes en nuestra alma –estudiados por muchos, y entre ellos, y muy sabiamente por Bergson– que obedecen a la mecánica del **chiste** y nos mueven a reír. Pero esto nada vale. Las cosquillas pueden obligarnos también a retorcernos en carcajadas estentóreas, y, sin embargo, cuando cesa el estímulo, no se ha enriquecido nuestro espíritu con un pensamiento ni con una emoción. Tal ocurre con el **chiste**. El **chiste**, que habitualmente consiste en un más o menos feliz juego de palabras, está muy abajo en el subsuelo literario, y si lo aludo aquí es únicamente porque mucha gente aberrada lo incluye en la categoría del **humor**, y conviene la repulsa.”*

*“El **humor** se coge del brazo de la vida, con un sonrisa un poco melancólica, quizá porque no confía mucho en convencerla. Se coge del brazo de la vida y se esfuerza en llevarla ante un espejo cóncavo o convexo, en el que las más solemnes actitudes se deforman, hasta un límite en el que no pueden conservar su seriedad. El **humor** no ignora que la seriedad es el único puntal que sostiene muchas mentiras. Y juega a ser travieso. Mira y hace mirar más allá de la superficie, rompe las cáscaras magníficas, que sabe huecas; da un tirón a la buena capa que cubre el*

traje malo. Nos representa lo que hay de desaforado y de incongruente en nuestras acciones.”

*“El **humor** tiene la elegancia de no gritar nunca, y también la de no prorrumpir en ayes. Pone siempre un velo ante su dolor. Miráis sus ojos, y están húmedos, pero mientras, sonríen sus labios.*

*“En el fondo, no hay nada más serio que el **humor**, porque puede decirse de él que está ya de vuelta de la violencia y de la tristeza, y hasta tal punto es eso verdad, que, si bien necesita para producirlo un temperamento especial, este temperamento no fructifica en la mayoría de los casos hasta que lo ayudan una experiencia y una madurez.”*

(Antología del Humorismo en la Literatura Universal. Precedida de un Estudio Preliminar de Wescleslao Fernández Flórez, de la Real Academia Española de la Lengua. Segunda edición ampliada. Barcelona. Editorial Labor, S.A., 1961, I, [vii]-xxiii.)

Concluyo estas notas sobre el **humorismo** preguntando lo siguiente:

¿Por qué el ejercicio del **humorismo** parece ser casi privativo de los hombres? ¿Por qué no hay mujeres humoristas, o por qué las hay en tan escasa medida, y por qué, cuando las hay, ninguna equivale a un Chaplin o a un Cantinflas?

XI

Los dos mandamientos caritativos

En el capítulo 22 de Mateo, versículo 37 y siguientes, un fariseo pregunta a Jesús cuál es el mandamiento principal, y Jesús le responde:

“**«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.»** Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo mandamiento es el siguiente: **«Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»** De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas.”

Ninguno de estos mandamientos es original de Jesús; son mandamientos veterotestamentarios. Véanse a continuación las citas correspondientes.

“Amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, [...]” (**Deuteronomio**, 6:5.)

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (**Levítico**, 19:18.)

En la ética cristiana, estos dos mandamientos son indesligables. Uno no puede amar al prójimo si no ama primero a Dios. El amor a Dios es el presupuesto, la base, el fundamento del amor a nuestros semejantes y a nosotros mismos. Concepción del amor que ahora resulta ajena e impracticable para los más de los cristianos; y me atrevería a decir que siempre fue así, no sólo hoy.

En primer lugar, porque no se puede amar por mandamiento. Y en segundo lugar, porque es inconcebible que la mayoría de los cristianos ame a una divinidad *desantropomorfizada*. Al respecto, el *Catecismo* es muy claro y enseña lo siguiente:

“Dios no es, en modo alguno, a imagen del hombre. No es ni hombre ni mujer. Dios es espíritu puro, en el cual no hay lugar para la diferencia de sexos.” (Catecismo de la Iglesia Católica, página 88, apartado 370.)

¿Cuántos cristianos y particularmente cuántos católicos pueden concebir a un Dios absolutamente espiritual e incorpóreo? ¿Cuántos? Creo que poquísimos y tal vez ninguno.

Charles Guignebert, catedrático que fue de La Sorbona y autor de una de las mejores biografías de Jesús, dice que los preceptos éticos de Jesús *“no tienen ninguna originalidad y pertenecen a la sabiduría bíblica, a la rabínica e inclusive a la sabiduría de los demás pueblos, y tratar de probar lo contrario es perder el tiempo”*. (Guignebert, *Jesús*, 339)

Recuerdo que el versadísimo mitólogo Steudel desafiaba, en época lejana, a los teólogos más renombrados a que adujesen una sola sentencia presuntamente original de Jesús que él no pudiese demostrarles que ya se había dicho antes. Ningún teólogo, naturalmente, recogió el guante.

Coda

El sacerdote jesuita Alberto Simons Camino dice que Dios no impone arbitrariamente el mandamiento del amor. *“Dios”*, de acuerdo con Simons, *“impone lo que Él es, y ‘lo impone’ porque eso es lo bueno para el hombre”*. (*) Sin embargo, aun cuando se admita que la imposición divina del amor al hombre es buena para él, eso no significa que el hombre pueda cumplir lo impuesto, salvo que se aduzca

(*) Alberto Simons Camino, S.J., *Ser Humano. Ensayo de antropología cristológica*. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Fondo Editorial de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, 2011, 167.

infundadamente que el amor está sujeto a la voluntad. No lo está y es un hecho palmario que el ser humano no puede amar voluntariamente ni a voluntad. Es una impotencia clarísima y un hecho innegable. Al fin y al cabo, los hechos tienen una llamativa testarudez, como decía Lenin.

XII

“Comprender lo comprensible y...”

José Santos Chocano, en carta dirigida a Rubén Darío, en 1905, le dice, confesándose, que es capaz de *comprender* lo comprensible y *sentir* lo incomprensible.

Luis Alberto Sánchez, que cita esto en la página 159 de su extensa biografía de Chocano, dice que Chocano *sentía* a Vallejo y Eguren y *comprendía* a Darío, Nervo y Lugones.

La distinción entre la comprensión intelectual y el sentimiento vivencial es a un tiempo importante y limitante. Yo no me imagino, por ejemplo, a José María Arguedas *sintiendo* la marinera de Lima, pero sí la música andina, que era lo suyo.

Carmen María Pinilla, la voz más autorizada para hablar de la vida y obra de Arguedas, me decía, en una entrevista televisiva del 18 de julio del 2011, que Arguedas sí podía vivenciar la marinera limeña, porque estaba dispuesto a sentirla y compenetrarse con ella. Seguramente; pero la vivenciación de una cosa no es una querencia, sino una ocurrencia. No vivencio la cosa porque quiera vivenciarla, sino que la vivenciación me ocurre sin que mi querer obre en la ocurrencia. Cualquier esfuerzo o afán vivenciatorio desvirtuaría la vivencia.

El término *vivencia* es un deverbial, o sea derivado de un verbo; por ejemplo, *empuje*, de *empujar*; *salvamento*, de *salvar*; *vivencia*, de *vivir*, aunque propiamente el deverbial de *vivir* es *vivirencia*, al paso que *vivencia* es el deverbial de

vivenciar, sólo que en este caso el deverbial existió primero que el verbo originante, y de ahí que se diga que *vivencia* se deriva de *vivir*.

Cuando el filósofo español José Ortega y Gasset tradujo el vocablo alemán *Erlebnis* por *vivencia*, dijo que la *vivencia* no equivalía a la simple experiencia, sino que era una experiencia personal, íntima, intransferible e intensa que contribuía a la formación de nuestro carácter y personalidad.

El filósofo Nietzsche decía, con mucha razón, que sólo tenemos oídos para lo que nos viene de la vivencia.

En efecto, oímos o atendemos lo que nos concierne o compromete íntimamente, lo que nos es raigal y absolutamente propio; lo muy nuestro. Pero la comprensión vivencial es selectiva, no es general, a diferencia de la comprensión experiencial, que suele ser inselectiva. De aquí se sigue que la comprensión vivencial es medio enriquecedor y legítimo para ciertas cosas, pero desde luego es insuficiente y en consecuencia necesita de otros conocimientos y experiencias, los cuales nos exigen investigación y estudio, dedicación y perseverancia.

XIII

El ánimo de no defraudar nunca y la perexigencia de que las cosas se hagan como es debido

Persona *consciente* es la que siente, piensa, quiere y obra con conocimiento de lo que hace. Hay personas conscientes que son exigentísimas consigo mismas; personas movidas por el deseo imperioso de hacer las cosas bien, lo que se llama *bien*, y que tienen la voluntad inquebrantable de cumplir siempre y de no defraudar nunca. Y si alguna vez defraudan, entonces se compungen tanto, que inclusive llegan a rehuir el trato humano. Así le ocurrió a un electricista y la anécdota consiguiente la ha referido el actor y director francés –ya extinto– Jean-Louis Barrault, en su libro titulado *Mi Vida en el Teatro*. (Madrid, Editorial Fundamentos, 1975.)

“El montaje de nuestras obras –dice Barrault– se efectuaba en medio de un auténtico barullo. Una vez, excepcionalmente, el jefe de los electricistas no estaba. Perdimos tiempo. Me puse nervioso y acabé por enfadarme. La iluminación estuvo lista por la noche y lo estuvo oportunamente. A pesar de todo, la representación salió bien. Al día siguiente quise ver al electricista para reconciliarme con él.

“–¡Oh, señor! ¡No quiere verle!’ –me dijeron.

“–¿Por qué? ¿Tan enojado está?’

“—No, señor, pero como ayer no cumplió, para castigarse se ha cortado el pelo al rape y no quiere que lo vean así.’

“Posteriormente, conté esta historia a nuestros electricistas franceses y me miraron atónitos.” (Barrault, o.c., 346.)

A veces, la exigencia de calidad o demanda perentoria de que las cosas se hagan como es debido, puede llegar a ser violenta, y buen ejemplo de ello es el caso de Carlos Augusto Salaverry, poeta y dramaturgo nuestro del Ochocientos. Alberto Ureta, en su libro acerca de Salaverry, cuenta lo siguiente:

“Alentado por el éxito de sus primeras obras, consagró al teatro los mejores años de su vida, trabajando con fe y entusiasmo, a fin de imponer sus obras al público y a la crítica, creyendo que en este género alcanzaría su verdadera consagración.

“Cuéntase que era muy exigente en los ensayos y presentación de los dramas. Una noche, representándose en el Teatro Principal uno de ellos, el actor que desempeñaba el primer papel, olvidó hacer un disparo en el momento oportuno, efecto que para el autor era decisivo en la obra.

“Salaverry, que se hallaba en un palco, impaciente por el descuido, poniéndose violentamente de pie, tomó su revólver e hizo fuego sobre el escenario.

“Después de la alarma producida en el teatro, interrogado Salaverry por el actor sobre el motivo que lo había impulsado a asumir tan extraña actitud, contestó: **‘Si para salvar mi drama no hubiera encontrado más espacio que el corazón de usted, entonces sobre él habría hecho fuego.’**”

(Alberto Ureta, *Carlos Augusto Salaverry*. Lima, Casa Editora Sanmarti y Cía., 1918, 25-26.)

XIV

El afilador ambulante

El afilador ambulante no fue en Lima personaje del Ochocientos. Los costumbristas y limeñistas del XIX –Fuentes, Palma, Arona– no lo mencionan. Es anterior al Oncenio, aunque no por muchos años. Debe de haber surgido hacia 1910 ó 1915. El doctor Jorge Puccinelli Converso recuerda haberlo visto en su niñez, o sea cuando imperaba Leguía, en pleno Oncenio.

La instalación del afilador consiste en una rueda de esmeril acoplada a una polea de transmisión que se acciona mediante un pedal. El esmeril no es en este caso la roca negruzca durísima de tal nombre y que es capaz de rayar todos los cuerpos, con la excepción del diamante, sino una piedra artificial en forma de rueda que se usa para afilar instrumentos metálicos y pulir o desgastar otras cosas.

El afilador se anuncia tocando en la zampoña una melodía elemental. Los más de ellos provienen de la sierra y abundan los huancavelicanos. Quizá alguna vez, en los inicios, usaron para su anuncio callejero zampoñas auténticas, pero las que usan hoy son de plástico.

La gente acomodada nunca se valió de los servicios del afilador ambulante, cuya clientela, más bien escasa, era preferentemente clasemediera. Y aun los de la clase media imitaban, cuando podían, a los de mayores recursos; quiero decir, iban a las cuchillerías, que por otra parte tampoco

abundaban. La más prestigiosa era la de Juan Bet, sita en la cuarta cuadra del Jirón de la Unión. Recuerdo, a este propósito, y me remonto al primer lustro de la década de 1950, que a ningún gallero que se preciara de serlo se le habría ocurrido acudir al afilador ambulante llevándole las cuchillas o navajas que horas después o al día siguiente iban a usar sus gallos navajeros en una jugada de 7-4. Eso lo tenía que hacer el maestro afilador de una cuchillería renombrada, no un afilador ambulante.

Desde hace unos quince años, con la aparición del afilador eléctrico portátil, han ido desapareciendo ostensiblemente los afiladores ambulantes, que por lo demás nunca abundaron. El afilador eléctrico portátil, en su modelo más completo, tiene dos esmeriles, uno de grano mayor, para afilar hachas, hachillas o hachuelas, machetes y podaderas; y otro de grano menor, para afilar cuchillos y tijeras comunes, de uso doméstico, y ocasionalmente, armas blancas.

Comparado con el afilador ambulante, el afilador eléctrico portátil afila y pule mejor, con mayor rapidez y precisión, y uno aprende a manejarlo debidamente luego de unos cuantos ensayos y pruebas. Además, resulta más económico, porque los ocho o diez cuchillos que dábamos antes, mensualmente, al afilador ambulante para que nos los deje supercortantes, significaba desembolsar veinticinco o treinta soles, lo cual, en un año, totalizaba trescientos o trescientos sesenta soles. El afilador eléctrico portátil —el modelo con dos esmeriles— cuesta 120 soles, y el modelo con un solo esmeril, 100 soles. Y hay otro modelo, con esmeril más pequeño, que cuesta 80 soles. Para competir con estos precios, el afilador ambulante tendría que cobrar 50 céntimos por afilada, y a estas alturas, o en estas honduras, eso ya no lo es posible.

De todo lo cual se colige fácilmente y a ojos vistas que la desaparición del afilador ambulante es un hecho cantado.

XV

El erotismo y los cuerpos desalmados

Cuenta el ensayista cubano Alberto Garrandés que un grupo de arqueólogos y antropólogos contrató cierta vez, en tierra mexicana, a varios porteadores y dos guías, pues deseaban conocer e investigar una antigua ciudad precolombina. La comitiva anduvo con paso firme y resuelto, pero al cabo de dos días se detuvo en seco, sin causa ni motivo, de repente, y los que se detuvieron permanecieron silentes durante muchas horas, sin responder las naturales inquisiciones de los científicos, que por supuesto comenzaron a preocuparse, hasta que uno de los guías, el de mayor edad y voz más autorizada, dijo a los científicos de la expedición que la causa del detenimiento o el porqué del alto era que habían caminado con tal celeridad que sus respectivas almas, incapaces de semejante prontitud, se habían quedado rezagadas, y en consecuencia tenían que esperarlas para continuar con ellas la marcha. (Cf. Alberto Garrandés, “Obscenidad y pornografía”. *Upsalón*, Revista Estudiantil de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, 2009, octubre, 13b.)

La destabuización del sexual coincidió, aproximadamente, con el inicio de la década de 1970 y se demoró alrededor de una generación o quizá un vicenio en consolidarse; y de entonces acá han transcurrido otros veinte años para que se advierta la chapucería e insulsez del ejercicio erótico, por

haber sido sus ejercientes actores insubstanciales, o como habría dicho el guía nativo de la anécdota, por ausencia de alma, o sea de entidad, nervio y substancia, o lo que es igual, por carencia de fuste. El desconocimiento y el vacío espiritual ramplonizan y degradan el erotismo.

El hecho de ser hoy la celebración del coito trámite fácil, o poco más o menos, no significa que por fácil salga bien. Saldrá mal, necesariamente, porque la ignorancia y la torpeza no le van a conferir bondad.

Los nativos mexicanos se habían percatado del rezagamiento de sus almas y resolvieron entonces esperarlas. Sentíanse incompletos –lo estaban, de hecho– y no quisieron que su incompletez continuara.

Obraron bien, al paso que obran mal los liberados sexuales de nuestros días, que no advierten su incompletitud, o que la desadvierten, como diría Honorio Delgado. Los tales, según los marxistas, no sólo están alienados, sino cosificados, y les ha sobrevenido la cosificación por no haberse dado cuenta de su alienación. La persona alienada que se da cuenta de su alienación puede desalienarse si se esfuerza grandemente. Se demorará años, pero la desalienación aún le es posible. Pero quien no advierte su propia alienación se cosifica y, en consecuencia, se estanca definitivamente. Va de suyo que es muy serio que nos hayamos estancado en materia de erotismo. Ello demuestra, entre otras cosas, que con la sola libertad no basta y que la destabuización de lo sexual no ha sido suficiente. Los cuerpos *desalmados*, quiero decir, *faltos o privados de espíritu*, no pueden ejercer bien el erotismo. Son cuerpos interiormente desafricanizados. Lo normal es que tengamos, según Freud, un «*África interior*», o sea, en general, un alma, y en particular, un inconsciente. (Cf. Hans-Jürgen Heinrichs, «La imprescindibilidad de lo ajeno». *Humboldt*, 2011, Nº 155, 79b.)

XVI

Capacidad erectiva y filogenia

Un televidente me pregunta, refiriéndose a las capacidades constitutivas de la potencia sexual masculina, la *erectiva*, la *durativa* y la *repetitiva*; el televidente me pregunta si la capacidad durativa y la repetitiva fueron también previstas por la Naturaleza y si además son observables en otros animales.

Lo único que previó la Naturaleza o la Filogenia o el Creador (y sea esto dicho en obsequio de los creyentes) fue la capacidad erectiva y para las otras dejó la posibilidad de que cada uno las desarrolle, si puede, y esto se ha llevado al extremo en las técnicas orientales, en las que todo el goce consiste en durar sin eyacular.

Nuestra especie sólo tiene, en materia de sexo, el *software* de la reproducción. Entonces bastaba con dotar al macho de la especie humana con la sola capacidad erectiva, que le permitiría penetrar a la hembra y fecundarla. Como se comprenderá, para ese trámite no era necesario el erotismo.

El erotismo no es producto de la Naturaleza, sino de la Artificialidad. Es una hechura cultural, porque el sexo erótico no está al servicio de la reproducción, sino del placer. El ejercicio erótico es el goce *per se*, el placer por el placer mismo, la lujuria, como dicen los teólogos y canonistas, para quienes la *lujuria* es un pecado, y el *pecado de lujuria*, según ellos, consiste en el apetito desordenado de los deleites carnales. Por eso el *Catecismo de la Iglesia*

Católica considera que la masturbación es una ofensa a la castidad, porque es el placer por el placer mismo, lo cual es completamente inadmisibles para la Iglesia Católica.

El erotismo es *hechura cultural*, es producto facticio, vale decir, no-natural; el erotismo es un *artefacto*, porque se hace con arte, esto es, con disposición, habilidad y conocimiento. (Recuérdese que *artefacto* viene del latín *arte factus*, que significa *hecho con arte*.)

Las capacidades durativa y repetitiva se relacionan estrechamente con el erotismo, pero las culturas las valoran diferentemente.

Por ejemplo, en la cultura de Bahía Oriental, en la Melanesia, lo ideal es que la ocurrencia orgásmico-eyaculatoria se produzca cuanto antes. Davenport, que ha estudiado el punto, dice que los de Bahía Oriental tratan de darla en menos de medio minuto, y muchos lo consiguen y por supuesto son los más satisfechos y normales. En Bahía Oriental no se valora la capacidad durativa. Lo que se valora es la rapidez. En muchas culturas, la eyaculación precoz es un problema, pero no en Bahía Oriental, donde la pauta es darla cuanto antes, en 30 segundos. Lo anormal sería demorarse y darla en 60 segundos. Eso sería lo anormal. En la Polinesia, lo que se valora es darla el mayor número de veces, o sea que la capacidad que se valora es la repetitiva.

Ahora bien: entre los animales no hay propiamente erotismo, pero sí *eroticadas*. Hay casos singulares, como por ejemplo el del pato, que sexualmente, como decía Gourmont, no sólo hace de todo, sino que todo lo que hace le parece bien. Luego tenemos el caso del cuervo, que es capaz de orgasmear 14 veces seguidas, y cada vez con mayor intensidad y contento. Los sapos y las ranas se excitan tanto al copular, que la cópula de estos animales dura semanas. Gregorio Marañón decía que esto se debe a que los sapos y las ranas no tienen otra cosa mejor que hacer. Si los anuros pudieran hablar, entonces le dirían al doctor Marañón que para ellos copular tres o cuatro semanas seguidas es lo mejor que pueden hacer, una ocupación de lo más entretenida y gratificante y tan absolutamente

irrenunciable, que Spallanzani se veía en apuros para que el macho de estos batracios sin cola interrumpa su apareamiento con la hembra: “*lo mutilaba, lo hería, lo quemaba, llegaba a decapitarlo, y el macho, impertérrito, sin soltar su presa...*” (Jean Rostand, *et alii*, *Costumbres Amorosas de los Animales*, 112.)

Pero el caso más sorprendente es el de la polilla *Ephestia*, que en un alarde de duración se queda copulando toda su vida.

XVII

Proverbios

Es muy conocido el proverbio que dice: “*No hay gran hombre para un ayuda de cámara.*” Es desconocido, en cambio, o casi desconocido, el hecho de que Hegel completó así este proverbio: “*Pero no porque el primero no sea grande, sino porque el segundo es un ayuda de cámara.*”

Refiere Haillot, en su libro sobre Marruecos, que el marroquí desconoce la prisa e ignora el apuro; es naturalmente pacienzudo e irremediabilmente flemático. Por su lentitud, calma y sosiego, por su gran cachaza, por su indudable pachorra, el marroquí desde luego prefiere, entre todos los proverbios, el que a continuación transcribo: “*Más vale andar que correr; mejor que de pie, sentado; mejor que sentado, echado; y mejor que echado, muerto.*”

Y a propósito de la muerte:

“*Cuando la casa está concluida, entra la muerte.*”

Théophile Gautier, que cita este proverbio turco en sus recuerdos de Balzac, dice que por eso los sultanes tienen siempre un palacio en construcción. Por eso también, en las auténticas alfombras persas, falta la puntada final; son alfombras inconclusas; si los alfombreros las concluyesen, entonces “*se acabaría el mundo*”, según dicen ellos, puesto que el mundo no es una conclusión, sino un devenir; el mundo es proceso y cambio.

“En la vida parece no haber nada completo –observa Gautier–, salvo la desdicha. No hay nada más temible que un deseo realizado.” Lo mismo dice Martín Adán en **La Casa de Cartón**: “Yo no te raptaré por nada del mundo. Te necesito para ir a tu lado deseando raptarte. ¡Ay del que realiza su deseo!”

“*Apresúrate lentamente*” es proverbio muy antiguo que aún no se había olvidado en Francia en el siglo XVIII. Lord Chesterfield lo cita en una de sus cartas a su hijo Philip Stanhope. Napoleón solía decir a su criado “*Vísteme despacio, que tengo prisa.*” Esto lo decía por supuesto en francés, pero se trata de un refrán castellano, “*con que se encarece*”, según la Real Academia Española, “*la necesidad de no proceder atropelladamente para ganar tiempo, porque con la prisa se suele perder*”. (Véanse más noticias sobre este asunto en la obra de José María Iribarren, *El Porqué de los Dichos*, 455-456.)

Suetonio, en *Los Doce Césares*, hablando de Augusto, dice: “*En su opinión, nada convenía menos a un gran capitán que la precipitación y la temeridad, y así repetía frecuentemente el adagio griego: ‘Apresúrate lentamente’ [que en latín se dice “Festina lente”], [...].*” Arturo del Hoyo, en su *Diccionario de Palabras y Frases Extranjeras*, afirma lo que sigue *sub verbo* “**Festina lente**”: “*Empresa [esto es, lema o divisa] atribuida al emperador Augusto.*” Pero Suetonio, según queda dicho, aclara que tal empresa era de origen griego.

En *Poor Richard’s Almanach*, de Benjamín Franklin, consta el proverbio siguiente: “*El que vive de esperanzas, muere en ayunas.*” Excelente proverbio que Manuel González Prada seguramente conocía, ya que en *Cantos de Otro Siglo*, dice: “*¿Te alimentas de esperanzas? / Pues yo no envidio tu panza.*” En el juguete cómico de Leonidas Yerovi, *La de Cuatro Mil*, don Celedonio dice a Perico lo siguiente: “*¿Qué porvenir te he ofrecido? / ¡Ninguno!... Por alimento, / ¡esperanzas!... plato insípido.*” Y en *El Arquero Divino*, de Amado Nervo, veo a propósito de la esperanza una recomendación que transcribo inmediatamente y que me parece de veras inatendible: “*Para vivir en paz y*

dignamente, hay que apuñalar, en el fondo del alma, a la esperanza.”

De los mil proverbios chinos que ha reunido Guillermo Dañino en su proverbulario titulado *La Abeja Diligente*, mencionaré el proverbio inicial, que dice así: “*La abeja diligente no se detiene a libar de la flor caída.*” Este proverbio nos enseña que no debemos relacionarnos con personas psíquicamente carenciales y espiritualmente indigentes; personas sin contenido, sin entidad ni substancia. Perderemos lastimosamente el tiempo si nos relacionamos con los que son pobres de solemnidad en materia de espíritu y valores. Evitemos a toda esa gente, que es gente caída, como la flor del proverbio. Tengamos, pues, la diligencia de la abeja, que no se detiene a libar de la flor caída.

XVIII

¡Oh, las bufeas!

Rige en la selva peruana la creencia de ser maravillosa la copulación con bufeas e intensísimo el orgasmo resultante. No hay en el orbe mujer alguna que pueda deparar al hombre el clímax verdaderamente sísmico que le depara la bufea o delfina o hembra del delfín. Un clímax monumental por cuya causa el hombre pierde el sentido y el conocimiento.

El autor que más cumplidamente ha informado sobre este asunto es Francisco Izquierdo Ríos (1910-1981), maestro y folclorista y gran conocedor de las costumbres y usos amazónicos. Veamos algunas citas pertinentes.

“En el período de auge del caucho, los extractores de esta goma, perdidos en las reconditeces de la jungla, se acercaban a las bufeas de los ríos, que tienen órganos semejantes a los de la mujer. Realizaban el acto sexual con esos animales, siempre acompañados, pues el orgasmo era tal, que necesitaban de alguien que los ‘reviviese’ a golpes o a ramalazos.” (Francisco Izquierdo Ríos, *Pueblo y Bosque, Folklore amazónico*. Lima, P. L. Villanueva, 1975, 44.)

“Y no sólo los caucheros, sino, según dicen, cualquier hombre que desee sentir el orgasmo intenso que produce el ayuntamiento con esos animales; al extremo que lo efectúa acompañado de otro hombre, a fin de que éste lo reanime a sacudones o latigazos...” (Izquierdo Ríos, o.c., 72.)

“Uno de los materiales más usados en esta práctica [la de pusanguear] es el órgano sexual de la bufea, semejante al de la mujer; [...].” (Izquierdo Ríos, o.c., 72.) (Pusanguear es embrujar con hechizos de amor. La puisanga o pusanga es el “bebedizo para hacerse querer”. Cf. Alberto Tauro, Enciclopedia Ilustrada del Perú. Tercera edición. Lima, Peisa, 2001, XIII, s.v. “Puisanga”).

“Antes, los caucheros, meses de meses dentro de los bosques, sin mujer, se acercaban en las orillas de los ríos a las bufeas, y cohabitaban con ellas; ahora también muchos hombres lo hacen; tienen que ir con un compañero, para reavivarlos a sacudones o ramalazos del tremendo orgasmo que produce el ayuntamiento con esos animales.” (Francisco Izquierdo Ríos, Voyá. Lima, 1978, 110.)

“Los caucheros peruanos y brasileños, encerrados meses de meses en la selva, se veían urgidos a acercarse a las bufeas... Yo les doy la razón... Usted comprende que estar tanto tiempo sin mujer es una vaina.

“Y en una cálida noche de luna, yo y mi infortunado amigo Ruperto pescábamos con anzuelo en un recodo del río. [...] De pronto, varias bufeas de torneados lomos se aproximaron a la orilla, jugueteando graciosamente como niñas... Mi amigo Ruperto se abalanzó como un loco sobre una de ellas... Yo hice lo mismo... ¡La selva, señor!... ¡La selva!

“Cuando terminó su relato don Juan Panduro, viejo cauchero de la selva amazónica, la luna estaba ya como una garza sobre los árboles.” (Francisco Izquierdo Ríos, Los Cuentos de Adán Torres. Lima, 1965, 67-68.)

El escritor Arturo Ríos Ramírez, nacido en 1948, en Moyobamba, y teniente de un gran saber respecto a la Amazonía, me aseguró enfáticamente que lo de las bufeas era absolutamente cierto. Me lo dijo el 20 de octubre del 2000, cuando lo entrevisté en mi programa “A solas con Marco Aurelio Denegri”, programa de manifiesto liderazgo en Cable Mágico Cultural, que por entonces estaba en el Canal 14.

El poeta César Calvo (1940-2000), natural de Iquitos, no sólo se refiere, en la siguiente cita, a la bufea y lo sexual, sino también al bufeo. Dice así:

“Delfín del río. Pez mamífero del tamaño de un hombre. Algunas nativas en estado de menstruación o de preñez evitan navegar en embarcaciones frágiles: saben que los bufeos se exacerban oliéndolas y embisten sus naves intentando volcarlas. No son infrecuentes los casos de mujeres que han perecido ahogadas, no a causa del naufragio, sino de los bufeos, que las arrastraron al fondo de las aguas y allí las fornicaron.

“Tampoco son escasas las historias de pescadores que han capturado hembras de bufeo: aseguran que ninguna humana se les compara en destreza ni ardor.”

(Citado por Juan José Vega, “Recuerdos [de César Calvo]”. *Martín*, Revista de artes y letras, Universidad de San Martín de Porres, Año 1, número 2, octubre 2001, 123.)

XIX

La cacosmia

En el siglo XVI, en España, era tal el hedor de las calles, por el amontonamiento de basura, que la gente distinguida, la gente de viso y alcurnia iba por ellas oliendo una bota o *borracha* de ámbar, esto es, un odre con perfume delicado. Júzguese si no sería elegante y refinado semejante uso, que el secretario de Felipe II, Antonio Pérez, no supo regalar cosa mejor a quienes le protegieron durante su destierro. En París, durante los siglos XVIII y XIX, el enmierdamiento callejero era impresionante. Hasta tal punto que el doctor Moreau llega a decir que había tanta mierda en el suelo, que éste ya no se veía. (Cf. A. Corbin, *El Perfume o el Miasma*, 130, n. 13.) Y según Eberhard Rathgeb, en la capital del Imperio Alemán, en la década de 1870, el enmierdamiento callejero y la consiguiente pestilencia era lo normal. Lo curioso, en el caso de la España quinientista, es que la hediondez callejera no disgustaba al pueblo, el cual se había acostumbrado tanto a la inmundicia, que protestó vivamente cuando se limpiaron las calles.

La razón de ello es una perversión que en jerga médica se conoce con el nombre de *cacosmia*. Esta voz procede del griego *kakós*, malo, y *osmé*, olor. La *cacosmia* es la perversión del sentido del olfato en cuya virtud resultan agradables los olores repugnantes o fétidos. A un enfermo de *cacosmia*, a un *cacósmico*, le parece fragante lo pestilente y bienoliente y hasta delicioso lo excrementicio. Enrique

IV de Castilla, monarca del siglo XV, padecía de cacosmia y por eso “*amaba la pestilencia*”, como dice su biógrafo Gregorio Marañón. Y el gran historiador Jules Michelet se deleitaba con el olor pestífero de las heces fecales. (*)

El hombre es el animal que defiende esforzadamente la basura y entre todos los animales que gustan de ella es el *campeón*, el que la consume y difunde con más ahínco y entusiasmo.

Unamuno decía que el hombre es el “*animal guardamuertos*”. Y es cierto. Pero yo agregaría que además es el animal *embasurante* y *basuralizante* por excelencia. Es un *ser basuralicio*. La basura lo atrae irresistiblemente y él se complace en ella con delectación y hasta con frenesí. Demuéstranlo cumplidamente, no diré ciertos programas de televisión, sino abundantes programas de televisión.

La basura es adictiva. Y la basura que produce y esparce diariamente la televisión es peligrosísima, ya que origina una violenta y tenaz adicción. Los televidentes se acostumbran a la cochinidad químicamente pura y a la vulgaridad más atroz. Embarrarse es para ellos una fiesta y enlodarse una diversión y enmierdarse una vocación y un destino.

En la página 383 de su libro *A Trancas y Barrancas*, Alfredo Bryce Echenique manifiesta lo siguiente:

“Confusión hay por todas partes y cada día más, y el hombre parece acercarse a la imagen definitiva de un ser profundamente imbécil que mira cada día más horas de telebasura y soporta el idiotizador impacto de la angustiada publicidad, sin capacidad de respuesta alguna.”

(*) En Francia se llegó a creer, en el siglo XIX, y no era creencia popular, sino de médicos y académicos, que el abuso de los perfumes, amén de ocasionar la histeria, la hipocondría y la melancolía, ocasionaba también la *parosmia* o alucinación olfatoria o percepción de olores inexistentes, y además la *cacosmia*, por cuya causa se percibían como buenos los malos olores. (Cf. Alain Corbin, *El Perfume o el Miasma*, 202.)

XX

El pavero

No he podido hallar ningún pregón dedicado al pavero, al vendedor ambulante de pavos.

Todavía durante el primer quinquenio de la década de 1950, deambulaba por las calles de Lima un pavero, a quien conocí y traté.

Era un cincuentón largo, de mediana estatura y de una cierta robustez y por añadidura medio barbón, porque nunca estaba cabalmente afeitado. Tenía los ojos un poco llorosos y un mucho enrojecidos, como Atahualpa; tal vez por el consumo excesivo de licor o por alguna dolencia ocular, o por las dos cosas a un tiempo.

Este pavero se distinguía por su voz estentórea, una voz poderosa y retumbante. Y, sin embargo, su pregón, aunque naturalmente lleno de brío, no era desapacible, sino grato al oído; era un pregón eufónico y vibrante.

El pavero era un tipo fuerte que llevaba tres o cuatro pavos encostalados, cada uno de los cuales debía de pesar, por la cebadura, entre ocho y diez kilos. El pavero pregonaba así:

“¡Aquí están los buenos pavos, los pavos gordos, los ricos pavos! ¡Pavos, pavos, pavos, pavotes, qué buenos pavos, qué ricos pavos; pavos, pavos, pavotes, qué buenos pavos, qué ricos pavos; pavos, pavos, pavotes!”

A este inolvidable personaje callejero lo vi hasta mediados de la década de 1950. Posteriormente, desapareció y nunca más lo volví a ver. Tenía una gracia inimitable para decir sus pregones y los decía con voz muy viva y musical.

XXI

Las virtudes del semen ¿son reales o presuntas?

Está bastante extendida y es muy antigua la creencia femenina en las virtudes o propiedades tonificantes, revitalizantes y cosméticas del semen. Muchas mujeres, al practicar el sexo oral con su pareja, cuando ésta eyacula se pasan la eyaculación, la ingieren, porque creen que eso beneficia a su organismo. El bebestible seminal equivale para ellas a un golpe vitamínico. Esta creencia rige entre las mujeres de la clase media y la clase alta, pero no en las del pueblo, en las cuales la eyaculación provoca un asco muy perceptible y visceral, según he podido comprobarlo investigando pacientemente el asunto. Abundan las mujeres del pueblo que desconocen completamente el olor del semen y jamás han oído una eyaculación, porque según me confesaron, no acostumbran oler “*cochinadas*”. Las que se han atrevido a oler el semen manifiestan que les parece una mazamorrilla pegajosa, grumosa y asquerosa, con olor a lejía.

El semen es un líquido resultante de las secreciones de los testículos, la próstata, las vesículas seminales y las glándulas de Cowper y de Littré. El color del semen es blanco lechoso o ligeramente amarillento, con elevada viscosidad que se reduce espontáneamente a los pocos minutos de la emisión. El semen es rico en electrolitos (cloruros sódico y potásico), nitrógeno, ácido cítrico, fructuosa, ácido

ascórbico, inositol (substancia que se encuentra en casi todos los tejidos animales y vegetales y cuya carencia origina la alopecia o calvicie), fosfatasa y ergotioneno, juntamente con trazas de vitaminas y enzimas.

Ninguna de estas substancias, como dice Nalbandov, es esencial para la fertilidad de los espermatozoides, que se vuelven móviles en cualquier líquido fisiológico. *“A pesar de todo –agrega Nalbandov–, hay que considerar la secreción de las glándulas accesorias como parte esencial del semen, sin la cual los espermatozoides no serían capaces de alcanzar el máximo de su capacidad fertilizante.”* (A.V. Nalbandov, *Fisiología de la Reproducción*, 60.)

“Se trata, por tanto –dice el sexólogo español Jesús Noguer Moré–, de un licor cuya composición, además de servir de vehículo y alimento para los espermatozoides, es más compleja y poseería otras funciones.

“Según ciertos fisiólogos, tales substancias actuarían probablemente tonificando la respiración y la presión sanguínea de la mujer, así como las fibras musculares de la matriz y de las trompas.

“¿Se trata, pues, de substancias que a modo de transfusión lenta son absorbidas a través de la pared de la vagina o la matriz y actúan como suero tónico para el organismo femenino?

“La verosimilitud de este supuesto parece confirmada por el hecho de que los coitos interrumpidos dan lugar a un menor desarrollo de la matriz y a la ausencia de la satisfacción fisiológica de la mujer.

“Innumerables trastornos psíquicos imputados a la frigidez podrían ser atribuidos a una falta de absorción espermática.” (Jesús Noguer Moré, *Diccionario Enciclopédico de Sexología*, s.v. “Esperma”.)

Parece, pues, que tiene algún fundamento y quizá bastante fundamento la práctica de usar el semen como medicina y como cosmético. Recuérdese que el cosmético se utiliza para la higiene o belleza del cuerpo, especialmente

del rostro. Las mujeres se aplican semen a la cara y también lo usan como champú y por supuesto se lo toman por considerarlo excelente bebestible. El televidente Juan Carlos Serruto me dice en un correo electrónico que en la novela *Una vez no basta*, de Jacqueline Susann, una de las protagonistas cuenta que solía encamarse con varios hombres a quienes les pedía que eyaculen en un vaso. Mezclaba después las eyaculaciones con un poco de agua y ponía el vaso en la refrigeradora. Y a partir del día siguiente utilizaba la mezcla como cosmético.

El problema es que no se han hecho investigaciones de carácter estadístico en relación con las propiedades del semen. No contamos con un seguimiento del asunto, con un *following up* o *follow up*. Pero las mujeres creyentes en las virtudes maravillosas del semen y usuarias de este *líquido radical*, como lo llamaba Casanova, son muchas. No les quepa de ello duda ninguna.

XXII

El cris y el puñal “Misericordia”

“Misericordia: puñal que en las guerras medievales usaban los infantes para recordar a los caballeros desmontados que eran mortales.”

(Ambrose Bierce, *The Devil's Dictionary*, s.v. “Misericorde”.)

“Misericordia: virtud que aman los delincuentes sorprendidos.”

(Ambrose Bierce, *The Devil's Dictionary*, s.v. “Mercy”.)

Cris es una palabrita que vi por primera vez, hace muchos años, leyendo el libro de Robert Chauvelot, *Las Islas Paradisiacas: Ceilán, Java y Tahití*. En la página 206 hay tres menciones del término *cris*. Confieso que lo desconocía, pero me enteré inmediatamente de su significado consultando el DRAE, en cuya edición de 1992 figuró por última vez el vocablo de que se trata; en la edición del 2001 ya no figura. Pues bien: he aquí la definición de *cris*:

“Arma blanca, de uso en Filipinas, de menor tamaño que el campilán y que suele tener la hoja de forma serpenteada.”

Como el que esto escribe ignoraba también lo que era el *campilán*, tuvo que corregir en seguida su desinformación volviendo a consultar el DRAE, que define así el *campilán*:

“*Sable corto, con puño de madera, y cuya hoja va ensanchando hacia la punta. Es muy usado por los indígenas de Joló.*”

Joló, dicho sea de paso, es ciudad y puerto de las Filipinas.

Según el *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*, el *campilán* “*tiene el puño de madera sujeto a la espiga con bejuco*”. (DEHA, IV, 367c.) (Dícese *espiga* de la parte adelgazada del *campilán* que se introduce en el mango o puño.)

La hoja del cris es “*flamígera o serpenteada*” (DEHA, VI, 1326a, il.); y de acuerdo con el *Diccionario Enciclopédico Planeta*, el cris es un “*puñal malayo de doble filo, ondulado en forma de llama*”. (DEP, III, 1257a.)

Según esta definición, el cris no solamente se usa en las Filipinas, sino en otras partes de Malasia, o como antes se decía, Insulindia, esto es, el Archipiélago Malayo, del cual forman parte las Filipinas.

En una antigua edición del *Pequeño Larousse Ilustrado*, una edición de 1923 que perteneció a mi padre, se dice, en el artículo “*Puñal*”, que el puñal filipino se llama *kris* (así, con ka, no con ce). (*)

Y a propósito de puñal, la tercera acepción de la voz *misericordia* es ésta: “*Puñal con que solían ir armados los caballeros de la Edad Media para dar el golpe de gracia al enemigo.*” (DRAE, s.v. “*Misericordia*”).

Don Luis Jiménez de Asúa dice que “*en la Edad Media se llamó **misericordia** al corto puñal afiladísimo que servía para rematar a los que caían en las luchas multitudinarias*

(*) La grafía con ka y doble ese: *kriss*, figura en una carta de Julio Cortázar del 6 de julio de 1966 y en otra del 4 de octubre del mismo año. (Cf. Julio Cortázar. *Cartas*, II, 1042, 1068.)

o en los llamados Juicios de Dios. Se usaba introduciéndolo en la juntura de la armadura, por debajo de la gorguera, para rematar al vencido, que, con heridas mortales, sufría mucho o tardaba su agonía". (Luis Jiménez de Asúa, *Libertad de Amar y Derecho a Morir*, 429-430.)

Y agrega Jiménez de Asúa que si bien es cierto que para los más de los pueblos cristianos la idea de matar por compasión era repugnante, pues admitían que el dolor venía de Dios y debía ser aceptado como expresión de su voluntad, en algunos pueblos protestantes no hubo igual rigidez en relación con la eutanasia. "*Lombroso cuenta que hacia 1600 los viejos y los incurables eran muertos solemnemente en Suecia por sus propios parientes*." (Jiménez de Asúa, o.c., 430.)

José Ramón Mélida, el especialista en panoplia, dice que el puñal *misericordia* era de forma triangular y se llamaba así porque se ponía sobre el cuello de la víctima para obligarla a pedir misericordia, y si no la pedía, se le asestaba el golpe de gracia, buscando al efecto las escotaduras de la armadura, por lo que en Alemania se llamó *Panzerbrecher*, o sea quebranta-armadura. "*Este puñal alemán –informa Mélida– era más pequeño que los misericordias franceses de los siglos XIV y XV. En Inglaterra todavía se usaba en tiempo de Jacobo I (1603) para clavarlo en el suelo con el fin de atar a él las riendas del caballo*." (DEHA, XVII, 650b.)

Si desea continuar
leyendo, puede
adquirir el libro
en formato físico
a través de nuestra
tienda virtual